

HUELLAS

litterae communionis

Revista Internacional
de Comunión y Liberación
en lengua española

Junio 2020 | 3,80 euros

06



El despertar de lo humano



RIVAS VACIAMADRID · MADRID



Residencial RIVAS VILLAGE

VERSATILIDAD DEL ESPACIO · ÚLTIMAS VIVIENDAS

4/5 dormitorios y 3 baños
Planta sótano y ático
Garaje subterráneo
Terraza, patio y jardín privado

desde
454.175 + IVA



EL CAÑAVERAL · MADRID

Residencial TORREVERAL

SEGUNDA FASE EN CONSTRUCCIÓN ¡Últimas viviendas!
TERCERA FASE ABIERTO PLAZO DE INSCRIPCIÓN

1, 2, 3 y 4 dormitorios, terraza, trastero y garaje
Piscina comunitaria y zonas ajardinadas

desde
140.916 € + IVA
Viviendas 1 dormitorio en fase III



Domótica
Suelo radiante
Aerotermia
AHORRO Y CONFORT



INSCRÍBETE YA. Elección de vivienda por orden de inscripción.
Visita nuestras casetas comerciales ubicadas en los solares

900 525 222

Editorial

Un camino para volver a empezar

Ahora se llama así, «fase dos». Y está bien, aunque la frontera entre «antes» y «después» es mucho más vaga que una fecha en el calendario y nos sigue teniendo con el corazón en un puño. El comienzo de la etapa que sigue al momento más agudo de la pandemia no es igual para todos. Solo llega para algunos, mientras que otros todavía están en medio del drama o incluso a punto de entrar en lo más duro ahora (pensemos en América Latina y África, donde muchos miran con una aprensión más que comprensible). Está claro que hay muchas expectativas, es grande la esperanza que se pone en una expresión como «volver a empezar». ¿Pero qué hace falta realmente para volver a empezar?

Reglas y procedimientos, sin duda. Comportamientos responsables que ayuden a apagar los fuegos del virus y evitar que vuelvan a encenderse. Repartir tareas entre todos porque mientras la curva de los contagios decae, la de la crisis económica corre el riesgo de dispararse. El listado de cosas útiles e indispensables podría continuar, pero antes de todo eso hay una condición. La que Julián Carrón, responsable de CL, resume en el título de su último libro, publicado hace unas semanas, *El despertar de lo humano*. De la pandemia «saldremos cambiados, pero solo si empezamos a cambiar ahora», afirma en ese texto. Es decir, «si estamos presentes en el presente y aprendemos ahora a juzgar lo que estamos viviendo». Es decir, si nuestra humanidad se ve *despertada*.

Hemos querido profundizar en este punto. Comprender *qué es* ese despertar, qué rasgos tiene. Con las palabras de una serie de personajes que han querido medirse con las ideas contenidas en ese libro (tenemos hasta seis entrevistas en el Primer Plano, es un hecho insólito, pero nunca como en este momento ha sido un regalo tan grande encontrar compañeros de camino que nos ayuden a profundizar en lo que está pasando). Son testimonios de personas que muestran cómo el impacto con una realidad dura, de una crudeza inesperada, en vez de mortificar nuestra libertad puede provocarla, moverla, despertarla. Puede suscitar preguntas agudas y una tensión alerta en busca de respuestas. Puede hacernos llegar a una conciencia de nosotros mismos y de los demás—del valor de nuestro yo y de la realidad— que antes no teníamos. Porque la verdadera prueba de estos días, más aún que los test y análisis serológicos (importantísimos, por supuesto), será vernos en acción. Identificar los signos de esta humanidad despierta, en nosotros y en los demás. Y darles espacio, seguirlos. Para no interrumpir el camino.

a cargo de
Carmen Giussani
huellas@clonline.es

*Ingrid, Matteo,
Marissa, Lolo, Gastón*

Lo que otros perciben

2 Frente a la situación que estamos viviendo todo ha cambiado para mí: la modalidad de las clases y de los exámenes en la universidad ha sido distinta, mi facultad decidió evaluar a sus alumnos en línea realizando cinco evaluaciones, tuvimos tres semanas muy cansadas. Al concentrarme en estudiar y tener la máxima nota, me daba cuenta de que me olvidaba de Cristo. Eso cambió cuando entendí que no debo separar nada de Él. Antes de iniciar mis exámenes, le dije a Cristo que las notas habían dejado de preocuparme, lo que realmente me importaba era vivir sin separar nada de Él. Estudié mucho para evaluarme y los exámenes me resultaron fáciles. Además, me pasó algo demasiado lindo: uno de mis profesores me escribió y me dijo que me iba a anular el punteo de mi examen por haber realizado todo bien, pensaba que yo había hecho trampa; le respondí que no era así, que yo había estudiado para realizar mis exámenes y respetaba el código de ética evaluativa; por un momento me sentí triste, pero al mismo tiempo pensaba que mi profesor tal vez estaba estresado por tanto trabajo como tenía o que la situación para él no es fácil, porque debe ocuparse también de su familia, tiene responsabilidades en su iglesia, las clases de la universidad y en otra institución educativa, o quizá se sentía solo, porque a veces el estrés y la soledad nos hacen decir o hacer cosas impulsivamente. Al día siguiente me escribió explicando que era evidente la trampa que yo había hecho, a lo que yo respondí que no era mi documento y quizá se estaba confundiendo. Al cabo de un rato me responde nuevamente pidiendo disculpas por la equivocación. Le dije que lo comprendía, todos nos podemos equivocar, y él respondió: «Ingrid, tenía razón, ya vi el documento de usted, de ahí su nota». En ese momento sonreí y le agradecí por haberme informado. Para mí es sorprendente, porque algo que durante toda mi carrera

me ha preocupado ahora me ayudaba a reconocer al Señor en esa circunstancia y poder ver a las personas de manera distinta. Le escribí a una amiga italiana, *memor Domini*, contándole lo que pasaba y ella me dijo que estaba feliz por la experiencia que estaba viviendo, y que debía ser paciente y sonreír. También debía tener en cuenta cierta curiosidad que ese maestro pueda tener hacia mí. Que recordara que llevamos lo divino y que otros lo perciben. Me doy cuenta de que el verdadero cambio es reconocer mi necesidad de Cristo en lo cotidiano y en lo más simple que me pasa, porque cuando él está presente podemos ver a las personas de manera distinta y todo se vuelve novedoso. La relación con mis profesores y compañeros, los desvelos por realizar mis tareas, la relación con mi familia, estando en casa descubro algo nuevo, todo se vuelve novedoso sobre todo porque me lleva a Él.

Ingrid, Guatemala

Familias que son ángeles

Toda esta situación del Covid-19 ha hecho brotar impetuosamente unas preguntas dentro de mí; quizá hay un par que resuenan con más fuerza a lo largo de este tiempo: «¿Señor, qué quieres de mí? ¿Qué papel juego yo en este mundo?». Frente a la enfermedad, la muerte y el dolor de tantas personas muriendo solas ha nacido en mí el querer salir ahí fuera y acompañar y servir en lo que pudiese. ¡Agradezco tanto el don de la fe, de saberme amada siempre y en todo momento, que quisiera que todos encontraran esta esperanza! Algunas veces cuando rezo el *Benedictus* por la mañana me conmuevo pensando que el Verbo se ha hecho carne y que ha querido que yo pudiese encontrarle para no sentir ya nunca más esa soledad última, esa nada y sinsentido que amenazaban mis días antes de encontrarle. Sin embargo, contrariamente a lo que yo habría escogido, la realidad no me ha

llamado a estar en primera línea prestando ayuda en los lugares donde existiera una mayor emergencia, sino que me ha pedido quedarme en casa confinada. Esta circunstancia ha hecho que cada mañana al despertar tuviera la urgencia de pedir que mis acciones concretas guardasen relación con el mundo, con el amor al mundo entero. Encontrarme esta exigencia dentro ha sido ya una sorpresa porque me he dado cuenta de que es algo que ha ido creciendo en mí dentro de la experiencia de la Iglesia. El trabajo de la Escuela de comunidad y la compañía han sido los lugares que me han permitido una apertura a las circunstancias dadas. Ver continuamente personas llenas de pasión por la vida tal y como viene me ha permitido decir sí al presente: a mis clases, a mis alumnos, a cocinar, a limpiar la casa, a desinfectar la comida y a experimentar en ello el famoso ciento por uno del Evangelio. Después de este tiempo aprendiendo el sí que necesito dar cada día, llegó una propuesta inesperada. Unas familias de la comunidad próximas a la parroquia de Santa Ana, en Barcelona, sintiéndose interpeladas por las palabras del Papa durante la Semana Santa, pusieron en marcha una iniciativa de ayuda a otras familias que están pasando por dificultades económicas como consecuencia de la crisis sanitaria. El gesto es muy sencillo: ponerse al servicio de las necesidades de estas familias que están en una situación vulnerable y ofrecerles nuestra compañía y amistad. Ahora hace ya cuatro semanas que participo de esta propuesta. Al principio eran 25 familias, pero en este momento ya atendemos a 70. Cada uno de los voluntarios adopta un rol diferente según lo que puede aportar: hay quienes no pueden salir de casa y llaman por teléfono a las familias para acompañarlas y conocer sus necesidades, otros buscan ofertas de trabajo, otros contactan con proveedores para que envíen comida a la parroquia, y otros, como yo, son transportistas y reparten cajas de comida una vez a la semana; también hay abogados que ayudan en los temas legales, psicólogos que atienden los casos más complicados, etc. Todo este entramado ha nacido en cuestión de un mes sin que lo hubiéramos podido imaginar: con una belleza que nace del toque personal de Dios al corazón de cada uno. Yo he dado mi pequeño sí a repartir una caja de comida dos días a la semana, pero lo que no podía imaginar es cuánto estoy recibiendo yo al participar en este gesto. Lo que más nos ha impactado ha sido ver lo que nace cuando el pueblo cristiano se une en el servicio a otros hombres.

Los primeros en haber salido cambiados y reforzados hemos sido nosotros mismos, los voluntarios de la parroquia de Santa Ana. ¡Qué espectáculo de gratuidad y entrega a otros que parece no agotarse nunca! He visto brotar impetuosamente una fuerza misteriosa que mueve y hace rebosar de gratitud el corazón de cada uno. La experiencia que hacemos los voluntarios al abrirnos a las necesidades de los demás, y al conocer a estas familias que vamos acompañando y conociendo es la de que nuestra humanidad se enriquece. Los necesitados, con su sencillez, nos enseñan a ser humildes. Me lo contaba una voluntaria el otro día: «Hoy he entendido por qué voy. Yo no tengo la sencillez de estas personas, siempre creo que puedo sola y no sé pedir ayuda... Ellos viven siempre agradecidos, recibiendo lo que se les da. Me conviene aprender de ellos». Los días que voy a repartir comida, cuando estoy frente al desconocido al que entrego una caja de alimentos, me doy cuenta de que somos iguales. Sí, *iguales*. Rosalina, una mujer a la que reparto alimentos y con la que he trabado amistad, me ayudó a entenderlo el otro día; me dijo: «yo pensaba que para ser feliz tenía que tener una casa en mi país o aquí, pero ya ves que se la ha quedado el banco. También pensaba que tenía que agarrar fuerte a mi familia, pero ahora he entendido que la familia de sangre se pierde, pero a lo largo de la vida llegan a ti otras familias que son ángeles, y te acompañan». Uno de los primeros días que me presenté en casa de Jonatán, él me preguntó: «¿Quiénes sois? ¿De dónde salís?». «Somos familias que somos amigos y estamos queriendo ayudar», le respondí. Pero a él hay cosas que no le cuadraban y me seguía preguntando. «¿Por qué lo hacéis? ¿No tenéis miedo a contagiaros?». Ese día caí en la cuenta de que incluso el gesto de llevar comida no viene de mí, viene del amor que Cristo tiene por mí y que está presente en nuestra unidad. Él, haciéndonos experimentar su plenitud, nos quiere usar para llegar a otros. Me conmueve ver cómo este pequeño gesto responde a las preguntas del inicio del confinamiento: «¿Qué quieres de mí, Señor? ¿Cómo puede contribuir mi vida al bien de los hombres?». Y el Señor ha respondido como siempre hace, no con la modalidad que yo tenía en la cabeza. De hecho, lo hace corrigiéndome y devolviéndome a la posición que tanto necesito, la del mendigo. Dar mi sí repartiendo la caja o en cualquier momento del día coincide con mendigar su amor. Solo así, como dice el Papa, Él se hace presente en el mundo, porque Él también nos necesita.

Carta firmada

El todo en el fragmento

Querido Julián, estando yo en un estado de queja y cerrazón total, hablé por teléfono con una alumna mía. Mientras me quejaba por tener que quedarme en casa, sentí vergüenza de mí mismo. En un momento dado, pasó delante de mi mirada el lugar en el que ella vive con su familia, una casa de dos metros cuadrados. Enseguida pedí como un pordiosero la sencillez que en ese momento no tenía. Al cabo de unos minutos, la chica me dijo: «¿Sabes que dentro de los muros en donde estamos reclusos se está jugando el partido más importante del universo? Se está jugando precisamente el partido de nuestra conversión». Ante su juicio tan seguro, me di cuenta de que mi autoconciencia puede ser rescatada frente a una presencia que cambia mi mirada. La conversión solo sucede delante de una presencia. Entonces me acordé de la respuesta que le diste a un bachiller hace algún tiempo: «¿Cómo podemos vivir el día a día, vivir cada circunstancia sin perder lo que es crucial? Un famoso teólogo católico utilizó esta expresión: viviendo “el todo en el fragmento”. ¿Y cómo se puede vivir el todo en el fragmento? Por ejemplo, cuando uno está enamorado siente la emoción de estar ante la persona querida y dice: “Nunca me iría de aquí”. ¿Te ha pasado alguna vez?». Pues esto es lo que estoy descubriendo: que podría seguir en este aislamiento porque estas seis semanas no han aislado mi corazón del deseo de mi corazón ni del deseo del corazón de Cristo de alcanzarme. Es cierto que lo humano no se cierra en la cuarentena. Sustancialmente, me estoy descubriendo más pobre, verdaderamente pobre. No puedo hacer nada por mis alumnos y sus familias, tampoco puedo hacer nada por mis padres y amigos, que viven a siete mil kilómetros de aquí, pero todo esto me hace mendigo de Aquel que reconquista mi corazón una y otra vez, también en esta tempestad.

Matteo, Kampala (Uganda)

«Podría seguir en este aislamiento porque estas seis semanas no han aislado mi corazón del deseo de mi corazón ni del deseo del corazón de Cristo de alcanzarme»

Paro y fondo común

Querido Julián, en este momento tan difícil nos has retado a ir al fondo de las amistades que son verdaderas, que nos ayudan a vivir. Mi mujer y yo hemos querido tomarlo en serio. En abril empezó un período de paro y recibo un subsidio de desempleo. Veremos dónde quiere llevarnos Dios, pero de lo que estamos seguros es de que nunca nos dejará solos. Pensábamos hacer algo en este período de emergencia y cuando leímos tu carta en la que nos rogabas que nos mantuviéramos fieles al fondo común, decidimos hacer una aportación extraordinaria correspondiente al importe que hubiéramos gastado yendo a los Ejercicios de la Fraternidad. Pensamos en la Fraternidad por la paternidad que experimentamos y la confianza que tenemos en cómo se utilizará ese dinero. El nuestro quiere ser un sencillo gesto de agradecimiento y pertenencia a la compañía que nos está sosteniendo.

Carta firmada

Boda aplazada

La fecha de mi boda era el pasado 26 de abril. Habría tenido que vestirme de blanco, ir a la iglesia y casarme rodeada de mis familiares y amigos. Pero hay un designio distinto para nosotros, al igual que para muchas otras parejas en el mundo. La pandemia nos ha obligado a aplazar la fecha de nuestra boda, de momento hasta julio, aunque la realidad apunta a que será más tarde. Mi novio y yo somos afortunados, gozamos de buena salud, tenemos un trabajo que podemos desarrollar desde casa y nuestras familias están bien. Pero sigue doliéndome no haber podido celebrar el momento tan esperado y preparado durante un año hasta el más mínimo detalle. Ya me veía cruzando de blanco la larga nave de la iglesia rodeada de mis seres queridos. El 26 de abril fue otro día más en nuestro piso, transcurrido preguntándonos qué hacer en el tiempo libre que hemos ganado. Todo me ha llevado a mirar de frente a lo esencial. ¿El problema es la fiesta? ¿El número de invitados? ¿El vestido y las flores? La experiencia me lo ha mostrado claramente: no, todo eso es secundario. Lo esencial es mi vocación, la llamada a decir sí a otro, incluso en el limbo de esta situación. Aunque tendremos que casarnos solo con el cura y dos testigos, sin fiesta, sin dúo de cuerdas tocando a Bach, la verdadera belleza está en el sacramento que celebra nuestro sí recíproco

frente a Dios. Él estará presente confirmando nuestro mutuo sí, que es un sí a Cristo. Por todo lo que he aprendido en estos años, creo en Él. Esta temporada de mayor quietud me ha llevado también a hacer un viaje interior, a experimentar la paz en Aquel que habita en mí. Encuentro una paz que antes, en el “viejo mundo”, se veía obstaculizada por el frenesí, por estar pendiente a todas horas del móvil, por una distracción continua. Hay menos urgencia de resultados y más urgencia de sosiego para darme cuenta de que Él siempre me está esperando. Estoy aprendiendo a esperar con paciencia el cumplimiento del designio de Dios sobre mi vida y la de mi novio.

Marissa, Los Ángeles (EE.UU)

Vivir intensamente lo real

Esta mañana he pasado dos horas con Julián, ¡se me han hecho cortísimas! Julián ha hablado de poner en juego la libertad para que la vida sea vida (la libertad llena de gusto la vida) y ha insistido una y otra vez en la condición de vivir intensamente lo real, también como forma de testimonio para los otros. Ahora, relejendo las notas, me viene a la mente un profesor de mis hijos que siempre me decía: «Me encantan tus hijos porque son normales; cuando hay que estudiar estudian, cuando hay que reír ríen, cuando hay que liarla la lían». Ahora entiendo que estaba afirmando que lo que le gusta de ellos es que viven intensamente lo real. ¿Dónde han aprendido a vivir así? Probablemente tenga que ver con tantos encuentros que han visto suceder en nuestra casa, fruto del camino que estamos haciendo Cristina y yo. Ayer mismo vinieron varios de sus amigos a cenar a casa. Estos no tienen mucha costumbre de dialogar con adultos pero en un determinado momento Pablo me pidió que les contara mi viaje a Venezuela. Yo, partiendo del prejuicio, empecé a contarles mi viaje de un modo formal, quedándome en la superficie por la tentación de que estos no entendieran o pasaran de mí, pero Pablo me paró en seco: «Papá, cuéntalo bien, cuenta todo». ¡Qué corrección para mí! Conté todo, se hizo el silencio y estos chicos ni pestañearon. Esta mañana Pablo me ha dicho que sus amigos fliparon con lo que les conté ayer. Me doy cuenta, después de la cena de ayer y del encuentro con Julián de esta mañana, que efectivamente lo que a mí me incumbe es estar atento a la realidad, poner en juego mi libertad diciendo que sí.

Lolo, Osuna

Escuela por zoom

El martes recibí un mensaje de whatsapp invitándome a ver la presentación del libro *El despertar de lo humano*. Contesté que lo agradecía y que lo veríamos en familia, y comenté que hacía mucho no recibía nada de CL. «¿Por qué no haces Escuela de comunidad por zoom con nosotros?». Dije que sí. Al momento ya estaba en el grupo de whatsapp de la Escuela de comunidad, con muchos viejos amigos que conocí en Santa Fe en mi época de universitario, con los que había perdido el contacto. Durante la presentación del libro de Julián, empecé a darme cuenta de que estaban analizando mi vida, de que me estaba perdiendo de algo, de que esta pandemia tenía cosas positivas de las cuales no me daba cuenta, de que la realidad me abofeteaba en la cara diciéndome: despiértate, mira tu alrededor, la realidad y tus amigos siguen estando ahí. En la Escuela de comunidad conté mi humilde experiencia, pero con una emoción que me embargaba el alma, y no entendía bien qué era. La realidad seguía abofeteándome en la cara, con la intervención de cada uno, incluso de personas que no conozco. Después de muchos años vuelvo a encontrarme con gente que tiene un corazón más abierto, más dulce, más humano. Ahora espero con muchas ganas la semana que viene para volver a hacer Escuela, sumando al resto de mi familia, deseando que ellos también puedan ver y disfrutar esta experiencia.

Gastón, Santa Fe (Argentina)

«En la Escuela de comunidad conté mi humilde experiencia, pero con una emoción que me embargaba el alma, y no entendía bien qué era. La realidad seguía abofeteándome en la cara, con la intervención de cada uno, incluso de personas que no conozco. Después de muchos años vuelvo a encontrarme con gente que tiene un corazón más abierto, más dulce, más humano»

ANTE EL COVID 19

AYÚDALES A CONTINUAR



ayudaalaiglesianecesitada.org 91 725 92 12

Miles de religiosas y sacerdotes **te necesitan para seguir ayudando** en los países que sufren

DONA



Ayuda a la
Iglesia Necesitada

ACN ESPAÑA

FUNDACIÓN
PONTIFICIA





HUELLAS

Revista internacional de CL
Edición en lengua española - Año XXIV

Directora

Carmen Giussani

Edita

Asociación Cultural Huellas

Colaboradores

Mª Carmen Carrón, Rafael Gerez,
Fernando de Haro, Cristina López Schlichting,
Pablo Luque, Juan Orellana, Alver Metalli,
Juan Miguel Prim, José Luis Restán, Ignacio
de los Reyes Melero, Ignacio Santa María

Maquetación

Imán Comunicación Agencia Hiperactiva, S.L.
Ignacio Zuloaga, 16
28522 Rivas-Vaciamadrid
Tel.: 91 804 50 48 - Móvil: 653 866 522
www.agenciahiperactiva.com

Redacción

Luis de Salazar, 9. Local 4
28002 MADRID
Tel.: +34 91 523 14 04
Fax: +34 91 416 40 92

Suscripciones

Pilar Pérez Herreras
e-mail: huellas.secretaria@clonline.es
Lunes a viernes de 10 a 14

Publicidad

Luis de Haro
e-mail: huellas.publicidad@clonline.es

Impresión

Artes Gráficas Cofas, S.A.

Web: clonline.org

Facebook: ComunionLiberacion

Twitter: @C_y_Liberacion

Precio por ejemplar: 3,80 €

Suscripción anual:

España: 38,00 €
Europa: 60,00 €
Resto del mundo: 65,00 €

Depósito Legal

M-17470-1994

ISSN

1695-5137

Imagen de portada

ARGO | argoimago.com



© Fraternità di Comunione e Liberazione
para los textos de Luigi Giussani y Julián Carrón

01 **Editorial**

02 **Cartas**

09 **Primer Plano**

10 *Cara a cara*

12 *La realidad y el torero*

16 *El rayo de la razón*

20 *¿En qué punto estamos?*

23 *«No podemos olvidar»*

26 *Un Dios humilde*

30 *Fuera del sueño*

34 *Al descubierto*

38 *«Un juego de niños»*

41 **Rutas**

*Los voluntarios de One City Mission
en Nueva York y un diálogo
con Austen Ivereigh sobre el camino
actual de la Iglesia*

50 **La foto**

52 **La historia**

**FRENEMOS TAMBIÉN LA CURVA DEL HAMBRE
QUE NADIE SE QUEDE ATRÁS**



DONA

WWW.CESAL.ORG/DONA

BBVA ES38 0182 0937 52 0011501928

SANTANDER ES78 0049 1811 35 2110259564

EMERGENCIA ¡STOPCORONAVIRUS!





primer plano

*Voces de un tiempo que
no se ha «suspendido».
Una aventura por vivir:
el terreno donde madura
una mentalidad nueva*



*El despertar
de lo humano*





Cara a cara

11

La irrupción de la realidad. «Descarnadamente real, la más cruda», como escribió el español J.Á. González Sainz a propósito de estas semanas. Pero en cierto modo «su mayor levedad nos permitía no mirarla cara a cara». Ahora ha estallado de golpe. Se ha hecho «incandescente», usando una expresión de Ezio Mauro en la entrevista que podéis leer más adelante. Nos quema. No nos deja tranquilos. Pide ser mirada hasta el fondo, aún más, porque estamos ante una encrucijada. Todos queremos de alguna manera «volver a empezar»: volver al camino, retomar las actividades, abrazar a los amigos... Pero hay una condición para que esto suceda realmente. Se trata de volver a empezar con una humanidad viva, despierta por la ocasión que está atravesando, por sus preguntas, por el imprevisto. En definitiva, que no se sustraiga al desafío del ahora ni siquiera por el ímpetu –absolutamente comprensible– de volver a nuestra medida familiar de antes. Este es el tema que abordamos en nuestro Primer Plano, dialogando con personajes de mundos distintos. Aparte de los citados González Sainz y Mauro, un reconocido poeta americano como Paul Mariani, un teólogo inglés fino y agudo como Timothy Radcliffe, y otras voces importantes como el escritor Giuseppe Lupo y el financiero Oscar di Montigny, que abren ventanas hacia la sociedad, la cultura y la economía. Pero también con el testimonio del cardenal albanés Ernest Simoni, que se ha pasado un tercio de sus noventa años aislado en la cárcel (y no los vivió como una larga suspensión de la vida, al contrario...). Después, historias que llegan desde un ámbito que existe precisamente para «despertar lo humano», como es la educación (¿qué ha pasado en estos meses de aparente pausa?). Y los rostros de los retratos que acompañan todos estos artículos, en un recorrido paralelo hecho de miradas vivas, intensas. Humanas. (dp) ■

La realidad y el torero



Davide Perillo

Cree que solo quien se sabe precario es capaz de verdadera compañía. Y que para resistir al nihilismo hay que «velar». Un diálogo con el escritor español J. Á. González Sainz, que se mide con el libro de Julián Carrón sobre el momento presente. Y con «una situación de inquietud permanente del alma»

12

«**D**espertar la mente». Ahí reside su valor: «en hacer pensar», más aún que en las respuestas. J. Á. González Sainz, 64 años, escritor, profesor de Literatura y director cultural del Centro Internacional Antonio Machado (CIAM), dedicado a uno de los grandes poetas españoles, responde desde su retiro en Soria, a orillas del Duero. Lo hace en un italiano redondo, casi perfecto (dio clase durante mucho tiempo en Trieste y Venecia), en el que descubres juntas la fuerza y delicadeza de sus personajes, esos que pueblan novelas conocidas, como *Ojos que no ven* o, antes aún, *Volver al mundo*.

Acaba de leer *El despertar de lo humano*, el libro donde Julián Carrón aborda miles de preguntas propias de este momento nunca visto. Allí se ha encontrado con sus propias palabras, que publicó en un artículo en *El Mundo*, a finales de marzo, de las que parte la reflexión del responsable de Comunión y Liberación sobre la «irrupción de la realidad». Pero también ha encontrado varias «sugerencias de pensamiento» que siente «cerca», porque están preñadas de preguntas. Carrón parte de la inquietud ante la situación creada por el virus chino (yo lo llamo así). Pero no para quedarse ahí, en una situación digamos de inquietud circunstancial, sino para confrontarse con una situación de inquietud permanente del alma».

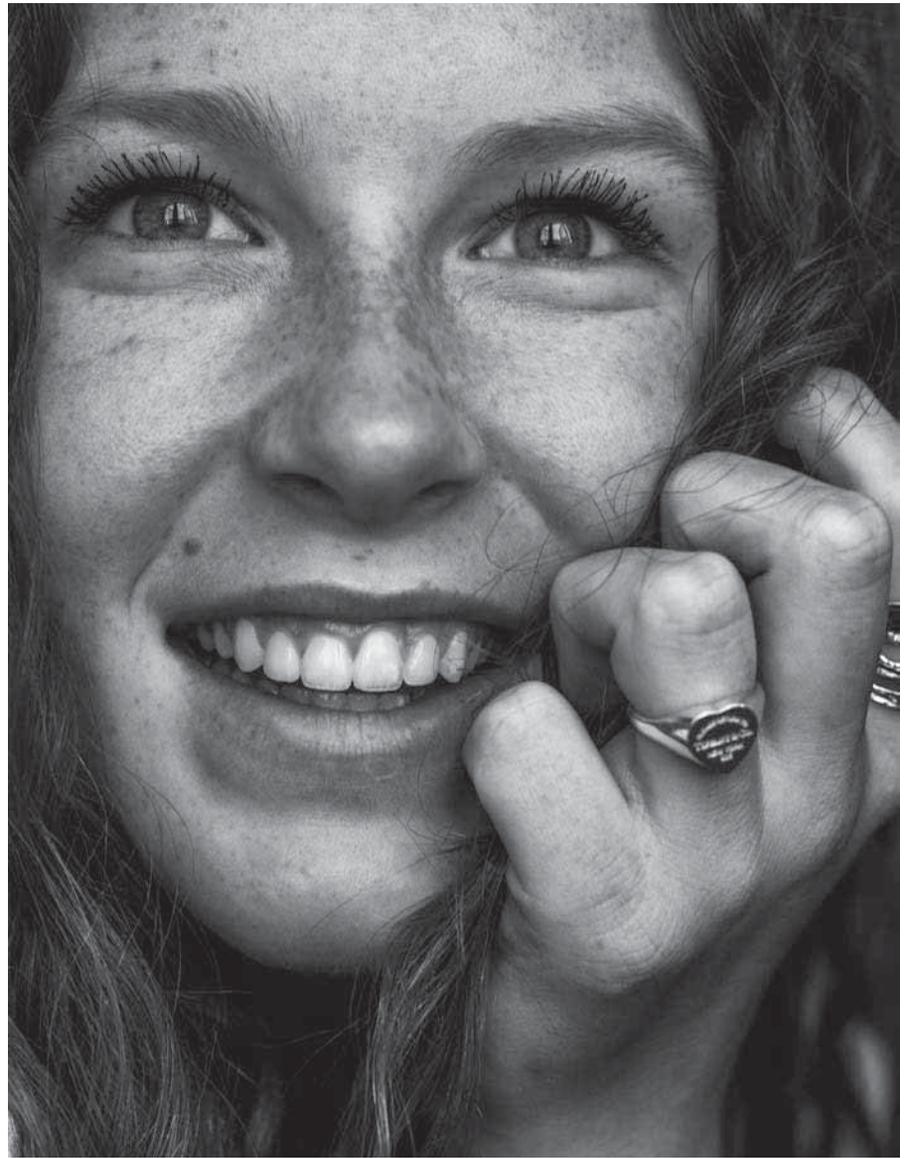
¿Qué es esa «inquietud permanente»?

Estoy muy atento sobre todo a eso que podríamos llamar el *retorno de la tensión* (yo siempre vuelvo a Heráclito): el *vacío existencial*, la fragilidad existencial (y digámoslo también, la estupidez existencial), la *burbuja*, dice

Carrón, que se abre paso tras el colapso de los sistemas de *protección* al que estamos asistiendo (la protección del gobierno de la técnica y de las técnicas de los gobiernos, es decir, las protecciones del mundo) –bajo los cuales nos sentíamos a salvo o bastante a salvo– da lugar, creo entender, a una mayor exigencia de protecciones sobrenaturales. Pero, y aquí es donde veo el retorno de la tensión, eso sobrenatural es, al mismo tiempo, muy natural o material. Todo el discurso que él hace sobre la *presencia*, sobre la *compañía*, una compañía selectiva, una presencia que llena, que da, sobre la sustitución (de ideologías –interpretado–, de idolatrías, de falsedades, de palabras vacías, de hipocresías o de falta de veracidad...) por el *aquí me tienes*, el *estoy contigo*, *aquí estoy*... Todo eso me llama la atención especialmente.

La «irrupción de la realidad» sobre la que ha escrito tal vez sea el dato más imponente del momento que estamos viviendo. En las primeras páginas de *Ojos que no ven* leemos estas líneas, que luego retornan varias veces de otras formas: «¿quieren decir algo las cosas, o simplemente suceden y somos nosotros los que imploramos que algo nos hable?». ¿Qué nos está diciendo la realidad ahora?

Me hace preguntas demasiado grandes, solo puedo aproximarme a reformularlas. Que la realidad nos diga cosas quién sabe si no será el sueño de todos los hombres... el mío sin duda. Pero *decir* solo es un atributo de quien tiene un lenguaje; la realidad *hace*, es, con eso le basta. A nosotros, en la medida de nuestra inquietud, no nos basta con “ser”, “hacer”, y nos preguntamos, queremos que las cosas o que Algo nos hable, y que lo que nos diga en cierto modo nos proteja y nos calme. A veces creo que la historia de la cultura es en gran parte la historia de los lenguajes y de las formas lingüísticas que horneamos para que nos calmen y protejan; las religiones también, pero no solo, porque las cosas pueden volver de vez en cuando a ese «despotismo de la realidad» del que habla el filósofo alemán Hans Blumenberg. En estos momentos, con los miles de muertos que ha habido, con las crisis económicas, políticas, sociales y personales que nos esperan, nos sentimos especialmente indefensos, abandonados, la palabra desamparados me parece la más adecuada. Y debemos estar atentos porque los desamparados no solo buscan protección en el espíritu sino sobre todo en la masa que presiona para que un tirano se haga cargo. El protagonista de *Ojos que no ven* es un hombre justo, que hace su pequeño camino y quiere ser justo a toda costa; un hombre, por tanto, que se pregunta, que es-



© Abbs Johnson/Unsplash

cucha, que en vano busca la palabra. En situaciones de crisis siempre hay quien, en cambio, solo escucha y aclama a un tirano, a un impostor...

Pero en esta circunstancia, ¿qué está descubriendo, o mejor dicho aprendiendo, de sí mismo, de su humanidad?

Le diré algo que tal vez no le guste, pero esto es lo que me ha parecido descubrir: que lo contrario del miedo no es la esperanza sino la serenidad. El virus chino me ha pillado trabajando en un libro que es una búsqueda de serenidad. Claro que si la busco, quiere decir que no la tengo. Hay otra cosa –digámoslo si quiere un poco en broma– que he descubierto o confirmado: que no aguanto más el hecho de que para cualquier cosa haga falta un video o una pantalla, para hacer un ejercicio, para ver a un amigo, asistir a una clase o aprender a preparar torrijas. *La irrupción de la realidad* de la que hablaba en el artículo de *El Mundo* también llega con esta otra sustitución, o atropello. Nada parece tener una sola cara.

«Luego está la necesidad de transformación de ese fondo necesario de la realidad en “corazón de inteligencia y resistencia”. Es decir, no sé si en una “inteligencia emocional”, como suele decirse ahora con demasiada banalidad, en una razón que se tome en serio el corazón, los sentimientos; que los escuche y vele por ellos; y en un corazón que (si el lenguaje me lo permite) “dé razones” de la razón»

¿Ve signos de «despertar de lo humano»? ¿Cuáles y dónde?

Despertar era una de las palabras preferidas de Machado, que llevo en el corazón: despertarse siempre, despertar continuamente. Nos gustaría, cómo no, ver esos signos. Pero tal vez nuestro trabajo no consista tanto en tratar de verlos sino en resistir todas las tentaciones de lo inhumano, que sin duda las habrá y las hay. Quien piense mínimamente en el siglo XX no podrá dejar de preocuparse. Machado decía también que la palabra más grande de Cristo no era ni siquiera amar sino velar. Por tanto, velemos.

14 ¿Pero qué hace falta para que «lo humano se despierte»? El impacto con la «cruda realidad» es una condición necesaria que nos ha faltado durante mucho tiempo, ¿pero es suficiente?

Para que «lo humano se despierte» creo que hay que mantener a raya lo inhumano, siempre al acecho: la falta de piedad, de prudencia, de cuidado en todos los ámbitos, el fanatismo de todo tipo o la estupidez, la puerta de servicio de la vileza y la maldad. Lo inhumano siempre está ahí. Una de las indicaciones más recomendables siempre me ha parecido la de leer cada año un libro de testimonios sobre campos de concentración nazis o soviéticos. Ahí vemos en qué podemos convertirnos siempre. El hombre es la criatura más inquietante, recordemos el coro de la *Antígona*, capaz de las cosas más bellas y de las más atroces.

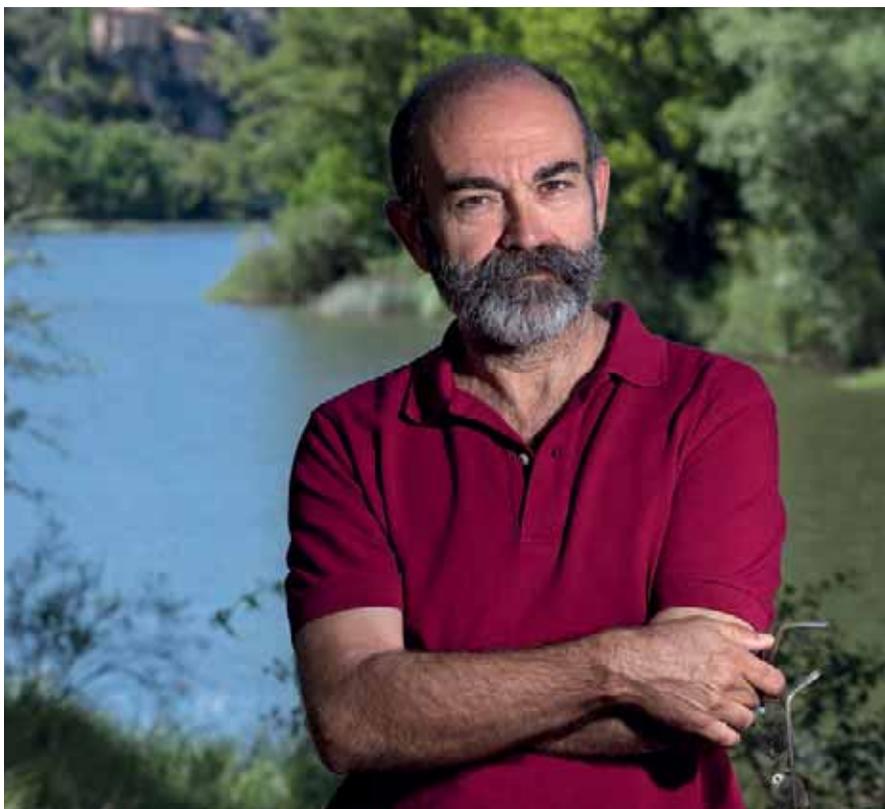
Esta situación provoca preguntas fuertes, radicales. No es automático que suceda –incluso a eso podemos resistirnos– pero sin duda las solicita: sobre el dolor, el sentido, la pérdida... A veces, sobre Dios. ¿Qué importancia tiene volver a hacerse estas preguntas? ¿Y hacérselas de verdad, dispuestos a sondear ese «fondo efectivo e impenable de las cosas», como usted dice?

Un hombre que no se hace preguntas, que no trata de entender, que no se interroga por las cosas, las primeras y las últimas, ¿qué clase de hombre es? ¿Un post-humano o una pieza de ordenador (dicho a la antigua, un borrego)? No digo que haya que darse respuestas, y mucho menos respuestas definitivas o absolutas; pero preguntarse, ponerse en una actitud precaria frente a las cosas, el dolor o la pérdida, pero también delante de una flor o de un pajarillo (que no es muy diferente). Tal vez solo quien se siente precario

es capaz de una verdadera compañía. *Buscar* entender, *buscar* desvelar las cosas (tal vez incluso para velarlas después y olvidarlas en ciertos ámbitos, la dialéctica de Machado sobre el olvido es extraordinaria) es lo que nos hace humanos, es la tarea esencialmente humana. En las últimas décadas a veces parecía que la tarea esencialmente humana era decir estupideces, no solo los políticos... Algunos amigos que todavía ven la televisión (hecho para mí incomprendible) me cuentan cosas de locos.

Le hago la misma pregunta que hacen a Carrón a partir de una expresión suya, ¿qué quiere decir «hacer de las tripas de la realidad corazón de inteligencia»?

No lo sé muy bien, me salió decirlo así no sé de dónde; el lenguaje sabe mucho más que nosotros y es a él a quien habría que preguntarle. Lo voy a intentar. El dicho español «hacer de tripas corazón» es compatible, pero solo compatible, con «hacer de la necesidad virtud». «Las tripas de la realidad» creo que remiten bien a ese “fondo” del que hablábamos, me parece muy “sanchopancesco”. Luego está la transformación, la necesidad de una transformación de ese fondo necesario de la realidad en «corazón



J. Á. González Sainz nació en 1956 en Soria, en la meseta castellana donde dirige el Centro Internacional Antonio Machado (CIAM). Se licenció en Filología en Barcelona, vivió en las ciudades italianas de Padua, Venecia y Trieste y dio clase en la universidad de Venecia. Entre sus novelas más conocidas destacan *Volver al mundo* y *Ojos que no ven*. Su último libro, de relatos, es *El viento en las hojas*.

de inteligencia y resistencia», creo que era así. Es decir, no sé si en una «inteligencia emocional», como suele decirse ahora con demasiada banalidad, en una razón que se tome en serio el corazón, los sentimientos; que los escuche y vele por ellos; y en un corazón que (si el lenguaje me lo permite) “dé razones” de la razón. Luego está la resistencia, la realidad como resistencia...

Este brusco retorno a lo real tiene otra poderosa vertiente, como se observa en el libro, «en cierto modo el nihilismo sale derrotado». ¿Usted qué cree? ¿Realmente estamos ante un cambio de paradigma respecto a la concepción convencional de las últimas décadas?

No creo que el nihilismo esté derrotado; acaso seremos nosotros los derrotados por querer derrotarlo. El filósofo inglés Simon Critchley plantea la cuestión más bien en términos de «lograr resistir» al nihilismo –de nuevo la resistencia–; resistir al nihilismo al mismo tiempo que se deja a un lado el deseo de superarlo, o derrotarlo. Me parece interesante. ¿Pero cómo? Volvemos de nuevo a la cuestión de la presencia, con «calidad de presencia». Me gusta decir con «verdad de presencia», con verdad al ponerse en juego en las cosas que hay, incluso o sobre todo en las más pequeñas, comunes, frágiles, que tal vez sencillamente *son*, y basta con eso.

Otra palabra clave de este momento es «miedo». ¿Usted lo tiene? Y si es así, ¿qué le ayuda a afrontarlo?

Claro que tengo miedo. Igual que cualquier torero tiene miedo. El toreo, a pesar de la banalidad progresista, es una alta escuela de valor y de vida.

El torero no está “muerto de miedo”, sino *vivo* de miedo; vivo *porque tiene miedo*. Pero consigue vencer ese miedo. Creo que lo que importa es la lucha contra el miedo, la resistencia al miedo. Y el miedo ya nos proporciona las armas: nos hace ser prudentes, inteligentes, astutos, nos hace emplear técnicas, idearlas... Creo que ayudaría, como decíamos al principio, la serenidad. Pero... Y tal vez también cumplir con el propio deber con total sinceridad (y ya me arrepiento de esta frase porque ha caído en boca de los políticos, y santo cielo cómo la usan...).

En general, ¿qué es lo que más le está ayudando a vivir en esta situación?

Precisamente esa búsqueda de serenidad que nunca alcanzo tanto como me gustaría; búsqueda de comprensión, búsqueda de presencias y compañía, de *calidad de presencias* y *calidad de compañías*, en las personas y en las cosas más pequeñas y comunes, y en los momentos cotidianos. Siempre búsqueda, propensión, tensión. La escritura es una manera de buscar. Y el lenguaje: escuchar, leer, pensar. ■

(Traducido del italiano por Yolanda Menéndez)

El rayo de la razón

De nuestras interpretaciones al valor de los hechos (y de lo humano).
Ezio Mauro, uno de los periodistas más importantes de Italia, se mide con lo que estamos viviendo estos meses. «La realidad se te echa encima, y si no te proteges...»



Paola Bergamini

16

«**L**a fuerza incandescente de la realidad supera cualquier narración ficticia al contar un hecho». Es una de las frases con las que Ezio Mauro, columnista de *La Repubblica*, diario que dirigió hasta 2016, cierra nuestra conversación telefónica sobre *El despertar de lo humano*. «La realidad se te echa encima y, si no te proteges, te da un plus de conocimiento. Lo real te informa, en el sentido de que te da forma». Se refiere a su oficio de periodista que para él, en más de cuarenta años de actividad en el mundo de la información, más que un trabajo es una pasión por ser «testigo de lo que sucede. Ryszard Kapuscinski (*periodista y escritor polaco famoso por sus reportajes, ndr*) decía que este no es trabajo para cínicos». «Realidad» es la palabra que, desde el principio, más aflora en este diálogo.

Dice Carrón que estos años hemos vivido en una burbuja que nos hacía sentir a salvo de los golpes de la vida. Una burbuja que se rompió con el Covid19.

Ciencia y medicina nos garantizaban una especie de seguridad que yo llamaría sensación de «omnipotencia». La irrupción de la realidad ha mostrado que era un sentimiento falso y esta crisis, esta suspensión de la “normalidad” a la que estábamos acostumbrados, nos ha obligado a rendir cuentas con nosotros mismos, con nuestra condición existencial. Lo humano, punto cen-

tral de esta reflexión que me ha llamado especialmente la atención porque nos afecta a todos, creyentes o no, tiene una dimensión universal. Nos habíamos acostumbrado a sustituir los hechos por interpretaciones, políticas, ideológicas o sencillamente por representaciones más cómodas. Todo bajo control. La realidad ha hecho justicia a nuestra sofisticación de lo real para hacer la vida más cómoda. En situaciones como esta se derrumban nuestras seguridades y certezas, las conquistas de la ciencia y de la técnica ya no son garantías absolutas que nos ponen a salvo. El otro aspecto con el que debemos medirnos es la complejidad de la vida que nos rodea.

¿En qué sentido?

Pienso en el mundo animal, los microorganismos, las bacterias. Convencidos de poder dominar la creación, pensando que ya la habíamos sometido, no nos hemos parado a reflexionar sobre nuestra acción, nuestra “invasión”. Antaño se creía que las pestes eran un castigo divino, una venganza de los dioses. Ya no es así, pero frente a lo que está pasando nuestra reflexión debe centrarse en los errores cometidos, en el tipo de desarrollo que nos hemos dado. Se nos pide una toma de conciencia. Eso por un lado, pero por otro el impacto de la razón con la realidad suscita una pregunta: ¿por qué este mal?, ¿qué sentido tienen las cosas?



© Anastasia Vitryukova/Unsplash



Ezio Mauro (1948) empezó en la *Gazzetta del popolo* de Turín. Entre 1990 y 1996 fue subdirector y luego director de *La Stampa*. En 1996 ocupó el puesto de Eugenio Scalfari al frente de *La Repubblica*, que dejó en 2016, manteniendo su colaboración. Es autor de libros de política e historia.

El descubrimiento de nuestra fragilidad nos ha sacado de nuestro torpor.

El rayo de la realidad ilumina este aspecto, luego cada uno debe tomar el camino de su propia conciencia. Estamos delante de la fragilidad humana, sí, pero también de su potencialidad. Me ha impactado la disponibilidad de la gente para aceptar las medidas impuestas, una obligación voluntaria que nos hemos autoimpuesto. Pero también hay una disponibilidad hacia los demás, hacia los que tenemos al lado. La escasez de relaciones nos lleva a tener en cuenta la importancia del intercambio. En la ausencia, nos damos cuenta del valor que tiene la relación con el otro. Antes no éramos conscientes, lo dábamos por descontado. También hay un plus de generosidad. Se ve en las donaciones a hospitales y centros de investigación,

se ha visto en el trabajo de médicos y enfermeros, algunos hasta han perdido su vida. El compromiso de estas personas, esta plusvalía, debe hacernos pensar.

¿Qué quiere decir?

Estas personas han desplegado algo más que su disponibilidad y generosidad. El trabajo se confirma como el principal instrumento de las relaciones sociales. Gracias al trabajo de otros –empezando por los sanitarios, pero también los transportistas, los gestores de redes informáticas, los empleados de la cadena alimentaria y supermercados– yo he podido quedarme en casa. Se ha dado la conciencia de que lo que hacíamos era en sí mismo una ayuda para los demás. Lo considero una revelación importante, porque el trabajo, despojado de toda ideología, se revela como una estructu-

ra de servicio, en el sentido de que ha mantenido en pie a la sociedad. Mire, desde cierto punto de vista tenemos la posibilidad de resetear por completo nuestra vida. Tenemos la posibilidad de dar proporciones distintas a las cosas, lo que antes creíamos importante ha pasado al final de la lista, lo que dábamos por descontado ha adquirido un sentido especial. Hay quien ha llegado a decirme: «casi siento que este tiempo acabe».

Una expresión paradójica...

Hemos descubierto algo de lo que tal vez no nos habíamos dado cuenta. Cada uno ha vivido una experiencia dentro de la experiencia de la pandemia, hemos obtenido elementos de libertad dentro de la constricción en la que vivíamos: estudiar, leer, quedarse a charlar después de cenar, hablar con los amigos para

contarse ideas, sentimientos, pensamientos. Esta es la grandeza humana a la que Carrón se refiere: no dejar de buscar para encontrar expresiones de humanidad y libertad dentro de la condición de aislamiento.

A propósito de esto, Carrón habla de Van Thuan, el arzobispo de Saigón acusado de traición, que pasó trece años en la cárcel, nueve de ellos en una celda de aislamiento.

Es la figura que más me ha impactado. *Libertad* es sobre todo no rendirse a la inercia de las situaciones, rendir cuentas continuamente con la realidad. No dejarse arrastrar por la ola, aunque parezca que nos ahogamos. Siempre existe la posibilidad de ser protagonista en todas las situaciones de la vida. Aparte de esto, para él fue un “descubrimiento” dictado por la Gracia que lo transformó.

Lentamente, a través de las diversas fases, volveremos a una cierta normalidad pero nunca será como antes. Algo ha cambiado.

Hasta al más cínico le resultaría imposible continuar como si nada hubiera pasado. El cambio cultural, social y económico que se producirá tendrá

«*Libertad es sobre todo no rendirse a la inercia de las situaciones, rendir cuentas continuamente con la realidad. No dejarse arrastrar por la ola, aunque parezca que nos ahogamos. Siempre existe la posibilidad de ser protagonista en todas las situaciones de la vida*»

tales dimensiones que ahora es imposible cuantificarlo. Es como si el planeta se hubiera parado estos meses. Recuperaremos el perímetro de nuestras libertades, pero sería importante volver con la conciencia de lo que hemos vivido y que lleváramos dentro estos elementos de generosidad y disponibilidad hacia los demás. Es decir, la conciencia de los otros. Bastaría con llevar esto al “mundo nuevo”.

Es la conciencia de la que habla Carrón.

Sí. Luego él tiene la fortuna de la fe. Partiendo del rayo de la razón y de las preguntas que la razón se plantea, cada uno se ha tenido que enfrentar a la llamada que las circunstancias te piden vivir. Y esto vale para todos. También para los que no tienen esta “fortuna”.

¿Le gustaría tenerla?

Es un discurso complejo, sería arrogante reducirlo a una broma. Pero no se puede creer en el ser humano sin sentir su plenitud. Creo que el hombre es la medida de las cosas, y lo digo consciente del límite de la condición humana. La pandemia es esto: la conciencia del límite. No la soberbia del relativismo que cree en la plenitud de lo humano. Somos una naturaleza finita pero grandiosa, con un deseo de infinito que nos arrastra, que nos hace preguntarnos por lo trascendente, por el sentido de la vida, hasta el último respiro. Hay algo religioso en el hombre que no desiste de estas preguntas. Hay que rebelarse contra la idea de que la vida no tiene significado. ■

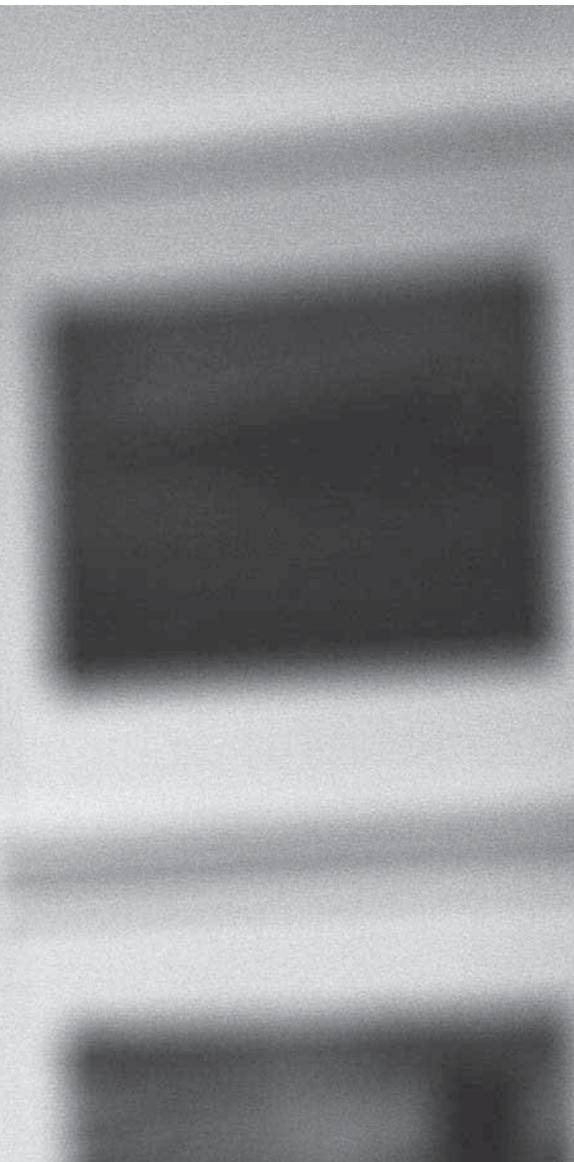


¿En qué punto estamos?



Luca Fiore

Una renovación profunda. Un «sentido visceral de la vocación». El poeta y escritor neoyorquino Paul Mariani cuenta lo que está descubriendo y cuál es el centro de su despertar de lo humano



«**E**s un libro que da en el blanco. El despertar de nuestra humanidad. ¡Boom! Eso es justo lo que me está pasando a mí». Paul Mariani nació en Nueva York en 1940 de padres italianos. Es profesor emérito en el Boston College, donde ha dado clase de Poesía y Literatura. Como crítico, ha escrito algunas biografías importantes de autores americanos como William Carlos Williams, Hart Crane (en la que se basó una película con James Franco) y Gerard Manley Hopkins. La última, sobre Wallace

Stevens, fue finalista en el National Book Award. Este año se ha publicado su octavo libro de poesía, *Ordinary Time*.

Ahora está jubilado y vive en la campiña de Massachusetts, donde el drama americano del coronavirus entra por la pantalla del televisor. Con los años ha podido conocer la obra de don Giussani y dice que «sus textos y los de Carrón han contribuido mucho a mi vida de escritor católico». Han pasado poco más de dos horas desde que ha recibido el libro *El despertar de lo humano* cuando responde a nuestras preguntas. «Leerlo ha sido un auténtico consuelo».

¿Qué le ha llamado la atención?

Mi mujer y yo vivimos fuera de la ciudad y estamos bastante a salvo. Tenemos un hijo jesuita que está en Nueva York, en el Bronx, y allí la situación es bien distinta. Nos preocupa, pero él nos dice que todo va bien. Un amigo mío que estaba en una residencia para veteranos de guerra fue de los primeros en morir por Covid. Ahí entendí que el virus también puede pillarte en casa. Sabemos que a nuestra edad estamos entre las personas con más riesgo. Enciendes la televisión y no puedes evitar escuchar los informativos sobre contagios y muertes. Sin embargo, hay gente que sigue pensando –y no sé cómo puede hacerlo– que todo es una farsa, como si el virus fuera algo inventado. ¡Pero es real! Carrón ante todo nos dice que debemos *dar-nos cuenta* del impacto que la realidad provoca en nosotros. Pero añade: la realidad siempre ha estado ahí, solo

que no nos dábamos cuenta. Vivíamos nuestras vidas, veíamos la televisión, tomábamos un buen vino, todo fluía como siempre. Luego, en un momento dado, algo entra y lo cambia todo. Y ni siquiera se puede ir a la iglesia. Yo soy afortunado y tengo tiempo para reflexionar, puedo concentrarme en lo que está pasando y en lo que sucede en mí.

¿Y qué le sucede?

Mi mujer y yo hemos vuelto a preguntarnos: ¿en qué punto estamos? ¿Cuál es el verdadero significado de nuestra vida? Creo que esto es “el despertar de lo humano”. Y resulta inevitable pensar en Cristo.

¿En qué sentido?

Es un poco como si Él se hubiera vuelto hacia mí y me estuviera mirando. El despertar de mi humanidad solo puede tener un centro religioso. Es esa mirada que vuelve una y otra vez.

¿Ha descubierto algo de sí mismo en este “tiempo vertiginoso”?

Una cosa que he entendido es que quiero seguir escribiendo poesía. Han empezado a perseguirme mis antepasados italianos, que son de Compiano, provincia de Parma. Mi corazón vuelve allí y se pregunta: ¿quiénes son estos fantasmas? ¿Qué realidad me encuentro volviendo allí? Sigo reflexionando sobre lo que se suele llamar “el poeta-filósofo”. ¿Cómo pueden hablar entre sí los dos lenguajes, el de la filosofía (últimamente mi mujer y yo leemos mucho a Kierkegaard) y el de la poesía?



Paul Mariani (Nueva York, 1940) es poeta y profesor emérito en el Boston College. Ha publicado más de 250 ensayos y es autor de 19 libros, entre ellos las biografías de William Carlos Williams, Gerard Manley Hopkins y Wallace Stevens. Su biografía de Hart Crane, *The Broken Tower*, se convirtió en una película dirigida e interpretada por James Franco. Su último libro es *Ordinary Time: Poems* (Slant, 2020).

más allá. La paradoja es que ese sentido de trascendencia convive con la percepción de que ese algo completamente distinto ya está aquí. No tenemos más que abrirnos a eso. Y esto me fascina de *Comunión y Liberación*. “Comunión” es algo a lo que va mi corazón. A eso me refiero cuando pienso en esa danza con las personas con las que me gustaría bailar, con las que me gustaría cantar.

Es una danza difícil de bailar ahora que nos imponen una distancia.

Sí, pero siento hambre de eso. Echo tremendamente en falta no poder abrazar a mis nietos ni a mis hijos. Soy italiano y siento esa necesidad, por su bien y por el mío. Cuando podamos salir, saldré y abrazaré a todos por la calle. Ahora que nos lo han quitado entendemos mejor su sentido. Claro que sigue muriendo muchísima gente, y hay un sentido de muerte, de sepultura. Cuando salgamos tendremos un sentido renovado de la vida. Pero tengo más ganas que antes de estar con la gente, charlar, reír, partir el pan con ellos.

¿También para usted, incluso en una circunstancia así, la vida es “vocación”?

Sí, no es como cuando en fin de año te marcas una serie de propósitos y al cabo de una semana ya se te han olvidado. Ese sentido de vocación, de renovación profunda, es visceral. Me gustaría llegar a eso. Es como si hubieras muerto y, de repente, a los tres días resucitaras como Lázaro. ¿Qué harías entonces? No podrías hacer otra cosa que testimoniar lo que te ha pasado. Con el paso de los años, cada vez he intentado más hacer eso: testimoniar la fe, la bondad y un último sentido de optimismo. Porque no importa lo que nos pase, Cristo siempre está aquí con nosotros. En la pintura medieval, Cristo está ahí mirándote. El Cristo crucificado y luego el Cristo resucitado, que nos dice: «vayamos a desayunar juntos a la playa del lago de Galilea». Para mí, ahora se trata de seguir adelante, compartir ese pan que Él nos da, compartir lo que eres. Tengo casi ochenta años y no quiero que esto se desvanezca. Quiero que se mantenga mientras tenga fuerzas. Quiero irme, como decimos aquí, con las botas puestas. ■

Yo creo que pueden hacerlo. ¿Y qué les diría a mis queridos antepasados de Compiano si me encontrara con ellos? Lo cierto es que no lo sé. Pero sin duda sería algo que fuera más allá del lenguaje. Debería ir más allá para que hubiera un encuentro. La imagen que suelo utilizar es la de la danza, la música. Podría ser una música no audible, pero una música real.

Resulta difícil imaginarlo.

Cuando leo a los místicos, veo que a veces el lenguaje se detiene, no puede ir más allá porque es lo único que tenemos. Y para un escritor eso es frustrante. Pero hay una experiencia real. ¿Cómo la comunicamos? Creo que eso es parte de lo que Carrón está intentando hacer. Hablar de esa realidad más profunda, eso que Hegel llamaría el “ideal”, va hacia la interacción del contacto. ¿Contacto con qué? ¿Con quién? Aquí vuelve de nuevo Cristo. Dice san Pedro: «Señor, ¿a quién vamos a acudir? Solo tú...». Toda mi vida he dado clase y he utilizado el lenguaje durante medio siglo. Cuanto más envejezco, más real me resulta esta incapacidad del lenguaje. Importa el ser. No tanto el lenguaje, no tanto un discurso. Miras el cielo estrellado y te das cuenta de que hay algo que no tiene fin. Puedes acercarte, pero cuanto más te acercas, más percibes un

«No podemos olvidar»

El escritor Giuseppe Lupo, candidato al Premio Strega, se mide con este tiempo de ruptura entre dos épocas. Las pretensiones del tercer milenio, la necesidad de padres, la globalización... «No se pueden fagocitar los lugares, las distancias. Igual que las relaciones»



Alessandra Stoppa

Y salimos a contemplar de nuevo las estrellas. No había palabras más apropiadas para la espera de estas semanas de aislamiento. Cuando la Jornada nacional dedicada a Dante en Italia cayó en medio de la cuarentena, el último endecasílabo del *Infierno* empezó a resonar por internet y las redes sociales como un lema de ánimo. «Pero hay que repetir el verso entero», apunta Giuseppe Lupo: «Y entonces salimos a contemplar de nuevo las estrellas». El adverbio es fundamental». Nacido en la región de Basilicata pero lombardo de adopción, da clase de Literatura italiana contemporánea en la Universidad Católica de Milán y está entre los candidatos al Premio Strega con su *Breve storia del mio silenzio*. Durante la emergencia ha publicado un libro electrónico en el periódico *Il Sole-24 Ore*, titulado *Los días de la emergencia*, diario de un tiempo que «sale del transcurso anónimo del tiempo» y supone «una ruptura, al menos ideal, entre dos épocas». Pero hay que dar el paso de una a otra, y es entonces cuando se topa con la *Divina Comedia*.

¿Por qué es tan importante el adverbio dantesco?

Porque la visión del cielo presupone algo distinto que la provoca: es posible porque antes ha sucedido algo. Ese adverbio-conjunción tiene una naturaleza deductiva. Hay un puente que permite transitar hacia las estrellas, y es la conciencia de lo que está sucediendo ahora. De otro modo no podremos evitar la idea que expresa el eslogan “saldremos igual que antes”. Yo espero que no sea así. No podemos borrar con una esponja estos dos meses. En este sentido resulta decisiva la lógica del *entonces*, la lógica de los pasos.

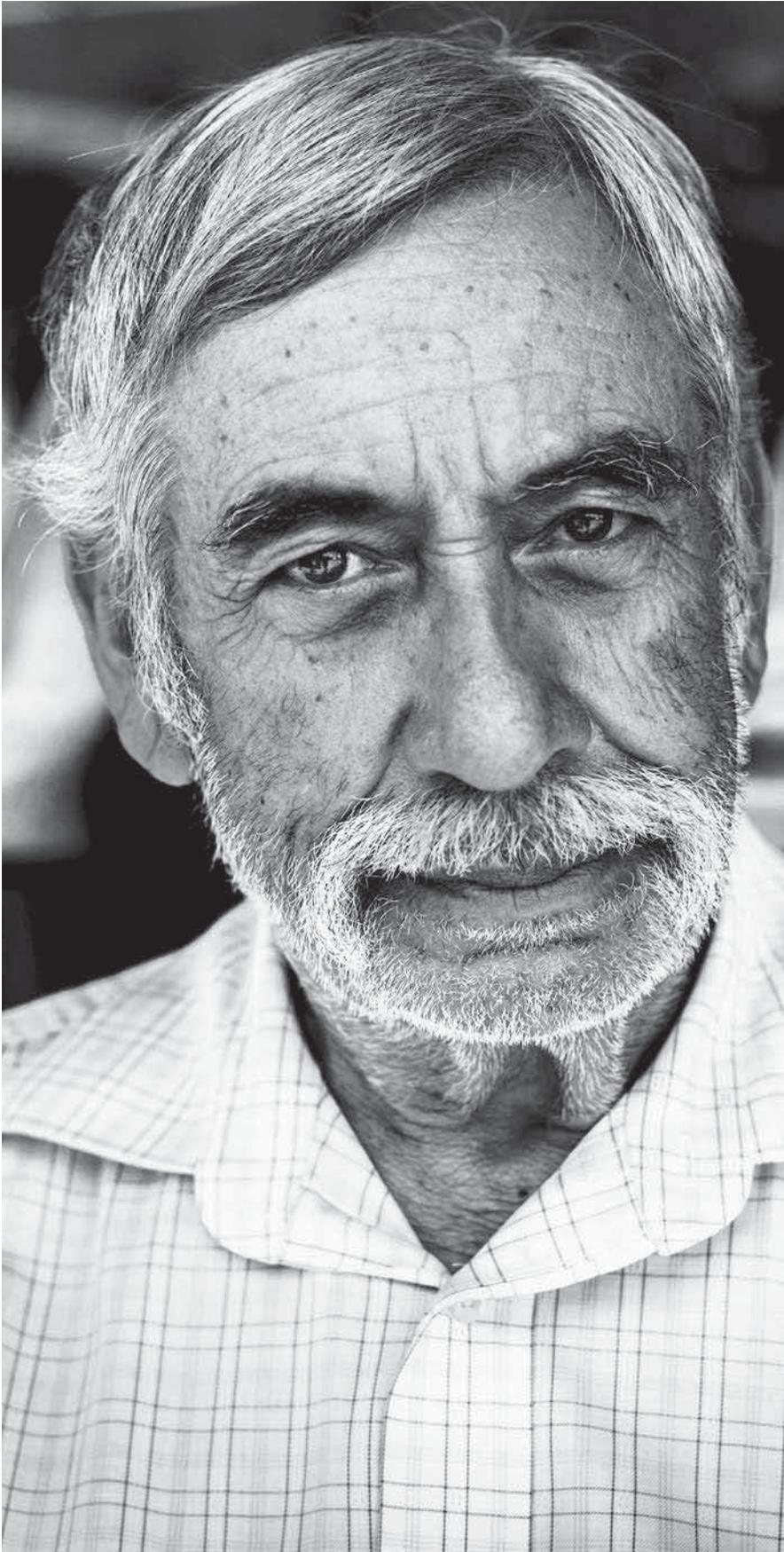
¿Cuáles son los pasos hoy?

Esperábamos el tercer milenio con grandes esperanzas y nos hemos quedado totalmente defraudados. En veinte años hemos visto las Torres Gemelas, la crisis económica, el terrorismo... Hemos entrado en una “época de incerti-

dumbre”, como la definió Zygmunt Bauman. De modo que espero que este periodo imprevisto que estamos viviendo ponga fin a esta época...

¿Puede explicar mejor los rasgos de esta época?

Nos ha emborrachado. Sobre todo, adulterando la percepción del tiempo y del espacio. No demonizo la globalización, cuyos beneficios yo también disfruto, no me opongo a lo moderno, pero vivo con malestar y aversión el proceso de homologación. Nos han engañado desde el punto de vista de las coordenadas, de las dimensiones. “Lo que sucede en Nueva Zelanda sucede aquí”. No es verdad. Se desnaturaliza la distancia, cuya percepción hemos perdido. Hemos olvidado que el mundo no se comporta igual en todas partes. De hecho, un mundo que pretende reaccionar de la misma manera pierde riqueza, se empobrece. Por otro lado, se mantienen las viejas lógicas, hay países que explotan y países explotados...



Sobre esto, ¿qué conciencia nos aporta el momento presente?

Que no se pueden fagocitar los lugares, la geografía, las distancias. Igual que las relaciones. En una situación de restricción, de inmovilidad, de aislamiento, cuando todo lo que normalmente nos molesta de repente ha desaparecido, hemos empezado a sentir, también de manera traumática, nostalgia de la proximidad. Nostalgia del “vecino”, también de los lugares vecinos.

Ha escrito usted que está saliendo a la luz «la necesidad de padres, de saber que existen». Y que se trata de una necesidad vinculada al conocimiento.

En la larga deriva del siglo pasado, hemos derribado cualquier verticalidad. Los presupuestos más que justos de la democratización, ¿dónde acabaron? Contestando a cualquier *auctoritas*, nivelándolo todo como opinión... La horizontalidad se convirtió en el ideal. Y hoy se pone de manifiesto una anomalía notable. Con la prepotencia, ahora vuelve la verticalidad. Porque no es cierto que el conocimiento sea horizontal.

¿Se refiere a las competencias o a otra cosa?

Las competencias son un ejemplo. Cuando llega la pandemia, cuando ya se deja de bromear porque muere gente, y mucha, el miedo nos lleva a recuperar la importancia de la verticalidad. No se trata de un discurso



Giuseppe Lupo nació en Basilicata (Atella, 1963) y da clase de Literatura italiana contemporánea en la Universidad Católica de Milán y Brescia. Es candidato al Premio Strega 2020 con *Breve storia del mio silenzio* (Marsilio, 2019). Colabora en las páginas culturales de *Il Sole 24 Ore*.

“religioso” sino de autoridad... Nos hemos dado cuenta de que necesitamos seguir a alguien que sepa. Prorrumpe la exigencia de entender, de saber. ¿Y a quién te diriges? Lo mismo vale también para la necesidad renovada de una jerarquía en las cosas: lo que es importante y lo que no. Hemos llegado hasta aquí con una ligereza y una *hybris*... pero no es una cuestión moralista.

¿Qué es entonces?

Diría que emerge cuál ha sido nuestra incubación moral hasta hoy. Claramente, la pandemia es un problema sanitario, pero ha desvelado un mal incubado por un modo de vivir, por nuestra manera de comportarnos, de sentirnos dueños, intocables, infalibles, con la pretensión absurda de poder hacer “todo lo que quiera”. En definitiva, hemos sacado al hombre del centro de nuestros intereses, pensando que no era necesario.

¿A qué se refiere?

A no admitir con humildad quiénes somos, la verdad sobre nosotros mismos que queremos callar. Como fragilidad personal y como sistema, un sistema injusto de relaciones entre pueblos que habrá que afrontar porque no es humano. Una cultura que durante décadas ha girado en torno al individualismo ha impactado contra una pandemia que nos enseña una cosa: o nos salvamos todos o no se salva nadie. Si no comprendemos esto, podría venir una etapa aún más decepcionante.

El premier albanés Edi Rama envió personal sanitario a Italia el 29 de marzo y a usted le impresionó la manera en que pronunció su discurso. Escribió que no es el aspecto emotivo lo que llamó su atención sino el hecho de que «de la memoria nace el reconocimiento y del reconocimiento la solidaridad».

Rama, con la preocupación de no estar a la altura, de ofrecer una ayuda inadecuada, dijo: «Sé que treinta médicos y enfermeros no revertirán la relación entre la fuerza letal de este enemigo invisible y las fuerzas vestidas de blanco... pero sé que allí abajo está nuestra casa». Un político de una nación periférica nos habla de esta mezcla entre memoria y reconocimiento, que da origen a una visión distinta. Es un magisterio de cultura solidaria, que nace del «no podemos olvidar» que dejó caer en medio de su intervención. La solidaridad es un valor inalienable. No veo otro punto de sutura con un posible tiempo nuevo, que permita generar un pacto mejor entre los pueblos.

¿Es un problema de los gobernantes?

También. Pero todos los hombres se están viendo interpelados: ¿de qué parte estás? Implica un sentido de responsabilidad enorme, que nos llega cuando nos habíamos des-responsabilizado de todo, adormeciendo nuestra inteligencia mientras seguíamos viviendo y diciendo: “así va el mundo”. Nos escondíamos tras las “seguridades” de la ciencia y la tecnología.

Volvamos al “entonces”. ¿Qué nos adentrará en lo nuevo?

Lo que está pasando ha puesto en crisis la política, la economía, incluso la filosofía del derecho, con el debate sobre la legitimidad de las decisiones tomadas. Sin ánimo de ofender, no será ninguna de ellas quien sirva de puente. Nos queda la belleza. Mi editor, Cesare De Michelis, decía que a la peste de Florencia en el siglo XIV no la vencieron los médicos sino el *Decamerón*. La narración de esas historias creó los presupuestos del humanismo. La cultura tiene esa función de confiarnos a la belleza. Porque la belleza dura en el tiempo. Es inexpugnable. ■

Un Dios humilde

El biblista dominico Timothy Radcliffe se mide con el presente en un “cara a cara” con nosotros mismos y con los demás. La caridad, la muerte de un gran amigo y la lección más valiosa: «Da gracias siempre»

26



Giuseppe Pezzini

Nacido en Turín, en 1984, es *Senior Lecturer* en la Universidad de St. Andrews (Escocia), donde da clase de Lengua y Literatura latina. Fue *Research Fellow* en el Magdalen College de Oxford y en Princeton.

«**E**n estas circunstancias, las máscaras que nos ponemos se rompen». Fraile dominico en Blackfriars, Oxford, Timothy Radcliffe es un famoso predicador, escritor y teólogo, que fue maestro de la orden, director del Instituto Las Casas de Oxford y consultor del Pontificio Consejo para la Justicia y la Paz. Nos cuenta su experiencia en este tiempo de crisis, a la luz de *El despertar de lo humano*.

En los últimos meses, millones de personas han compartido la misma experiencia de “encarcelamiento”. Sin embargo, Julián Carrón afirma que este encarcelamiento puede ser una ocasión de liberación.

Estoy completamente de acuerdo con Carrón. Santa Catalina de Siena vivió tres años de autoaislamiento antes de que el Señor la empujara a cumplir su misión. Describió esa experiencia suya como “la celda del reconocimiento de sí”, que la puso delante de quien ella era verdaderamente. Esa “celda” fue soportable para ella, según escribió, porque no era un espacio narcisista en el que mirarse el ombligo sino más bien una ocasión para redescubrirse a sí misma, amada por Dios en cada instante. Esta experiencia de aislamiento puede ponernos delante de la realidad, de quien realmente somos. Y si estamos “encerrados” con otros, también podemos descubrir quiénes son ellos verdaderamente. De hecho, en estas circunstancias no se pueden mantener identidades superficiales: las máscaras que nos ponemos se rompen. Entonces las relaciones se desmoronan y se hacen insoportables, o bien, con la gracia de Dios, nos ponen cara a cara con la frágil vulnerabilidad de nuestro ser y el de los demás. Entonces podemos vislumbrar nuestra persona tal como la ama Dios, nuestra belleza y dignidad, y también la de los demás.

© Taylor Ruecker/Unsplash



Timothy Radcliffe (Londres, 1945), dominico, dio clase de Sagrada Escritura en Oxford, fue elegido Provincial de Inglaterra en 1987 y Maestro de la orden en 1992. Autor de varios libros, entre ellos *El borde del misterio. Tener fe en tiempos de incertidumbre* (Mensajero, 2017).

El responsable de CL habla del valor de «abrazar las circunstancias», de «decir “sí” en cada instante», ¿pero no será solo una ilusión para justificar la propia resignación?

Al contrario. Si queremos ser una fuerza del bien en este mundo, con la gracia de Dios hay que vivir aquí y ahora, en el presente –que es el presente de Dios para nosotros– y en el lugar donde me encuentro. Rowan Williams habla de la ilusión de pensar que «en cualquier otro lugar podría ser más amable, más santo, más equilibrado, más impermeable a las críticas, más disciplinado, capaz de cantar a coro, y probablemente también más delgado». Los padres del desierto conocían bien la tentación de creer que si estuvieran en otro lugar todo iría mejor. Pero estaban convencidos de que hay que vivir aquí y ahora, en ningún otro lugar. El padre Mosè decía: «Siéntate en tu celda y tu celda te enseñará todo». Si no aceptamos nuestra condición, seremos como un pájaro que abandona sus huevos impidiendo que nazcan. Si quiero cambiar yo y marcar la diferencia también para los demás, tendré que partir de aquí.

En una situación como esta, ¿no hay oposición entre “fe” y “acción”? ¿Cómo podemos ser “activos” o incluso “caritativos” si estamos encerrados?

Tener fe no significa resignarse a una inacción pasiva. A veces lo que uno puede hacer parece insignificante, pero también lo es la semilla sembrada en tierra fértil y sin embargo produce «el treinta, el sesenta o el ciento



© Massimiliano Migliorato/CFP

por uno» (Mc 4,8). Nuestro Dios, dice santo Tomás, es pura acción. Pero a menudo esto se expresa también en actos pequeños, humildes, como hablar con una mujer en el pozo de Samaría o lavar los pies a los discípulos. La gran ceremonia de nuestra muerte y resurrección en Cristo, el Bautismo, también es un acto humilde, echar un poco de agua. Nuestro Dios es humilde. A veces nuestra fe pide ser heroica como la de los mártires, pero normalmente nos guía en cambio hacia pequeñas acciones que escapan de la atención de los demás. Las últimas palabras de la novela *Middlemarch* de George Eliot lo dicen muy bien: «El crecimiento del bien en el mundo depende parcialmente de actos ignorados por la historia; y si las cosas no nos van tan mal como podrían irnos a ti y a mí, se debe en parte al número de personas que han vivido fielmente una vida ocul-

ta y reposan en tumbas olvidadas». Nuestros actos de caridad durante este aislamiento también pueden ser humildes. Como telefonar a alguien que se siente solo o retener una palabra en la punta de los labios cuando uno de tus hermanos –o tu mujer o tu marido– te dice algo ofensivo.

En *El despertar de lo humano* también se cita a dos jóvenes mujeres como ejemplos de una posición así: la Virgen y santa Teresa de Lisieux.

María fue llamada a esa humildad, a ser la sierva del Señor. Ella portaba la Palabra de Dios y la servía en el niño Jesús. Pero este niño era Hijo de Aquel al que ella alababa en el *Magnificat*, Aquel que «derriba del trono a los poderosos y enaltece a los humildes». María es una persona humilde que pronunció su *fiat*, su “sí”, pero un “sí” al Dios que pone el mundo patas arriba. ¡Y santa Teresa

«Si abrimos bien los ojos, nos vemos inundados de dones, todos los días»

de Lisieux también! Me ha gustado muchísimo cómo habla de ella, como patrona de las misiones. En la Francia del siglo XIX, muy anticlerical, Teresa tuvo el valor de abrir un diálogo con los ateos, con los que quería «beber su amargo cáliz» y compartir su dolor, para compartir con ellos a su Dios escondido. Su vocación fue realmente transformadora. Ser humildes no significa pensar o hablar mal de uno mismo. Significa mirarse con lucidez, reconocer la propia contingencia, y que la misma existencia es un don de Dios. Solo si miramos con los ojos bien abiertos se podrá cambiar el mundo. Volviendo a santa Catalina, esta libertad respecto a sus ilusiones sobre sí misma fue precisamente lo que la hizo protagonista en la Italia del *Trecento*, hasta tal punto que llegó a reclamar a un Papa su regreso a Roma y no dudó en reprender a la Curia romana, sin medias tintas. Como dijo en una famosa cita: «Si somos lo que debemos ser, prenderemos fuego al mundo entero». ¡Ella lo hizo!

Dice Giussani: «En esto la fe demuestra su verdad, en la capacidad [...] de valorar como camino de madurez cualquier objeción». ¿Esto vale también para la Iglesia?

Siempre ha sido así, desde el principio. El Espíritu Santo fue derramado sobre los apóstoles en Pentecostés y estos fueron enviados a los confines del mundo. Pero en realidad querían quedarse en Jerusalén y resistir a la aventura de la fe. La persecución de los cristianos fue al final lo que les alejó de su zona de confort y les llevó hasta Roma. El trauma de la Reforma fue lo que revitalizó a la Iglesia y dio lugar a la Contrarreforma. Aún no está claro cómo hallará la Iglesia nueva vida atravesando esta crisis actual, pero sin duda lo hará. Espero que la Iglesia pueda salir de la “burbuja”, por citar la palabra que usa Carrón, y nos empuje a dialogar con todos aquellos que intentan comprender profundamente la vocación de la humanidad actual, también con personas de distinta fe o incluso que no crean.

¿Qué tipo de compañía puede ofrecer la Iglesia, y una comunidad cristiana en general, en estos tiempos tan difíciles?

Este es un momento de gran ansiedad y miedo para mucha gente. Debemos testimoniarles la paz de Cris-

to, una paz que el mundo no puede dar. Hombres y mujeres solo pueden alcanzar esta paz si hay alguien con quien puedan compartir sus miedos. A menudo la Iglesia no hace más que estar ahí, escuchándoles, tendiéndoles la mano y dejando que abran su corazón. Además, en tiempos de peste nos hemos enfrentado no solo a la muerte de la gente sino a una percepción apocalíptica del dominio de la muerte. Pensemos en el cuarto caballero del libro del Apocalipsis: «Y vi un caballo amarillento; el jinete se llamaba Muerte, y el Abismo lo seguía». Vivimos «en sombra de muerte», como dice Zacarías en el *Benedictus*. Tendremos que ser capaces de mirar a la muerte a los ojos, ver su dolor y su angustia, pero sin dejarnos intimidar porque sabemos que su dominio ha acabado. Mi amigo más querido en la orden murió recientemente a causa del coronavirus. Me llamó para despedirse. Poco antes de morir le dijo a un amigo: «Llevo años predicando sobre la resurrección. Ahora es el momento de demostrar que creo en ello».

¿Cómo ha vivido usted la cuarentena?

Durante este periodo habría tenido que tomarme un año sabático en el que mi proyecto, aparte de estudiar, era pasar un poco de tiempo con mi familia y amigos. Pero, como decimos en Inglaterra, si quieres hacer reír a Dios, háblale de tus proyectos. Después de un mes de estudio en la *École Biblique* de Jerusalén, volví a Oxford y desde entonces me he visto bombardeado por las solicitudes de artículos, homilías y entrevistas, como la vuestra. ¡Pero gracias por pedírmelo! Agradezco estas oportunidades de compartir mi fe con otros. El año sabático puede esperar. Además, como decía, he perdido a mi mejor amigo en la orden, que vivía en Oxford. Nos ordenamos el mismo día, hace 55 años, y todos los años íbamos juntos de vacaciones. Ha sido una pérdida muy dolorosa. Compartiéndola con otro amigo, un dominico polaco que trabaja en la *École Biblique*, me dijo algo muy sabio: «Da gracias». Tal vez esta sea la lección más profunda de este periodo. Dar gracias siempre. No porque la gente que amo muera sino porque ha vivido. Si abrimos bien los ojos, nos vemos inundados de dones, todos los días. ■



Fuera del sueño

Una «tierra nueva» entre el estupor y la preocupación. El mánager Oscar di Montigny habla de economía, política global, beneficio... y de salir de la “burbuja”. Cuando ya no conviene seguir evitando las preguntas



Davide Perillo

«**E**s como *Stargate*, ¿la ha visto? La película de los años noventa que entraba en otra dimensión. Ahí estamos, en la puerta de acceso a un mundo nuevo». A Oscar di Montigny le gusta hablar con imágenes. Es un lenguaje que no te esperarías en un banquero. Pero esa es la manera en que el responsable de Innovación de *Banca Mediolanum* (50 años, casado con Sonia Doris, cinco hijos) se dirige a un público multicanal: auditorios globales (de Davos al último Meeting de Rimini), radio (tiene una sección en *Radio Italia*), internet, libros. El último, publicado en mayo, se titula *Gratitud*. Escrito, evidentemente, antes del coronavirus, vuela alto y propone un cambio de paradigma masivo, para los que se dedican al mundo de la empresa pero no solo. Habla de medioambiente y política global, de un beneficio que «vea en el hombre un fin y devuelva a la economía su papel original de medio»; de un cambio que «debe partir de nosotros mismos» y de «centralidad de la educación». Y, por supuesto, de la gratitud como la «única manera de vivir plenamente», como un indicador más adecuado que el PIB y la facturación para medir el bienestar, personal y colectivo. En síntesis, invoca un cambio de ruta porque «si nos seguimos quedando en nuestro

sueño, el futuro no tendrá piedad». Frase que, al releerla ahora, casi parece reflejarse en esa «irrupción de la realidad» de la que parte *El despertar de lo humano*.

«De hecho, me he identificado con las palabras de Carrón», afirma. «Después de haber leído mucho al papa Francisco, me siento en la misma dimensión. He añadido un nombre en mi lista de “los que dicen ciertas cosas”. Y lo digo en el sentido más noble. He percibido una sensación de pertenencia a cierto punto de vista, a un cierto tono, como diciendo: “Ok, estos son los que dan el Do mayor...”».

Entonces partimos del mismo punto: el alcance de la realidad que tenemos delante. ¿De qué se trata? ¿Por qué habla usted de «mundo nuevo»?

Es un desafío de la humanidad, a escala global. Y digo “global” en dos sentidos. Ante todo en sentido exterior. Nadie, en estos meses, ha podido decir «esto no me afecta». La vibración ha llegado a todos. A todos nos ha conmovido, o movido, esta situación. Unos por impacto, otros por disgusto, dolor, miedo... Pero también es un desafío global en sentido interior. Ha democratizado la sensibilidad de la gente. Ha concedido a todos el contacto con

una dimensión nueva, más profunda. Luego cada uno puede traducirla a su lenguaje. Para unos ha sido redescubrir a su familia, para otros el trabajo, o la fe... Pero creo que todos hemos descubierto un terreno más íntimo. Creo que ahora el mayor desafío es espiritual.

¿En qué sentido?

Como hombres, tendemos a tener miedo de lo nuevo. Hay quien quiere escapar rápidamente de este territorio nunca visto porque no se siente seguro, y quien lo considera un lugar por descubrir. Preocupación y estupor: es normal.

Pero en todos surgen preguntas...

Uno de los indicadores de más aridez en la situación anterior era precisamente la corrosión acumulada en nuestra facultad para hacernos preguntas, de la que ningún ser humano puede verse privado. Luego hay personas que crecen en situaciones capaces de provocarlas y otros que viven en condiciones en las que se inhiben esas preguntas: por la aridez del contexto o porque lo más práctico es no hacerse demasiadas. Primero compras y luego te preguntas qué has comprado, primero te casas y tienes un hijo, y luego te preguntas qué es una familia... Esta vez es difícil que no salgan a relucir.



Oscar di Montigny (Milán, 1969) es jefe de *Innovation, Sustainability and Value Strategy Officer* de Banca Mediolanum. Ha fundado *Be Your Essence*, una *startup* de vocación social. Es autor de *Il tempo dei nuovi eroi* (Mondadori, 2016) y *Gratitudine. La rivoluzione necessaria*, publicado este mes de mayo.

El retorno a la zona de confort, a la “burbuja” de la que habla Carrón. La verdad es que estamos en una encrucijada. Frente al riesgo, muchos pensamos que antes que perderlo todo nos contentaremos con lo que había antes, pero sería un paso atrás porque impediría atravesar ese *Stargate* del que hablábamos al principio. Significaría volver a una normalidad contaminada, miope, que era igualmente un lugar de sufrimiento para muchos aunque estuviera censurada. ¿Quién recuerda que a tres horas de aquí tenemos el delirio de la guerra en Yemen? La pobreza, los inmigrantes, el medioambiente... El verdadero problema aquí es recuperar la interdependencia. Pero es necesario el esfuerzo de generar una nueva intensidad en las relaciones, de lo contrario esa distancia nos hará infecundos.

32

Y son preguntas radicales.

Mucho, y especialmente sobre el significado. Es una de las características distintivas del ser humano. Espero que esta situación nos obligue para bien, al menos a una parte de nosotros, a plantearnos una pregunta nueva sobre el sentido. Pero me preocupa toda la narrativa que nos empuja en cambio hacia el llamado «retorno a la normalidad».

¿Por qué?

El ser humano por naturaleza *no es “normal”*. Su recorrido evolutivo, interior y exterior, no está predeterminado. Es único para cada uno. Sus preguntas sobre el sentido o sobre la relación con lo absoluto no tienen nada de homologable. En el mundo que nos acompañaba antes de la pandemia se estaba estandarizando lo no-estandarizable. El papa Francisco insiste con fuerza en esto. Basta pensar en la *Laudato si’*. Cada uno de nosotros es único y al mismo tiempo está ligado al mundo. Pero esos factores los habíamos perdido.

La carrera hacia la “normalidad” es un arma de defensa, la recuperación de una medida que nos resultaba familiar...

¿Por qué habla de «esfuerzo»? ¿No sería más bien una intensidad que ya ofrece la realidad misma? En su último libro, usted se pregunta: «¿Cómo puedo volver a apropiarme de verdad, día tras día, del gusto (necesario) de encontrarme con el otro?». Es una palabra hermosa, «gusto»: no lo creamos nosotros, viene de la fascinación de las cosas, de descubrir su dimensión más auténtica. Es un factor de conocimiento, más que ético. Sí, es un acto de conciencia. Con el desconocido con el que cruzas la mirada desde el otro lado de la acera guardas la distancia, pero hay un contacto. Te *das cuenta* de su presencia. En este sentido, hay que realizar una acción de respeto para redescubrir ese placer.

Hay otro factor puesto a prueba: la confianza. Es la clave de bóveda de la convivencia civil, ¿no? Pero aquí la sacudida también es más fuerte...

Es verdad, la situación incide también en la arquitectura social, la economía, la política... Ahora se vuelve a los fundamentos. Si no crees en nada, este momento te somete a una prueba dura. Dejemos a un lado el miedo al después, ¿qué sucede *ahora*? ¿Cuál es el filtro que te ayuda a leer este fenómeno? Si no has tenido la suerte o el mérito de adquirir con el tiempo lentes adecuadas para interactuar con el mundo, hoy te sentirás solo como un perro y sin referentes. Los fundamentos de muchos

«Ahora se ve lo que hay en el fondo. El que no tiene nada que decir, echa el cierre. Y esto vale para la política, para la economía y para la sociedad en general»

discursos están quedando al descubierto. Es como en Mont Saint-Michel, ¿ha estado alguna vez? Cuando la marea se retira ves lo que hay debajo. Punto. Antes podían contarme un montón de cosas. El agua podía ser más o menos transparente, pero para su opacidad siempre había alguna excusa: el tiempo, la contaminación... Ahora se acabó. Ahora se ve lo que hay en el fondo. El que no tiene nada que decir, echa el cierre. Y esto vale para la política, para la economía y para la sociedad en general. Mire cómo han desaparecido en la nada los llamados *influencer*... Y en medio de todo esto, de alguna manera, las dimensiones religiosas son importantes áreas de recreo. Mis suegros, por ejemplo, ven la misa todos los días. En mi casa se ha empezado a bendecir la mesa en todas las comidas. Antes yo lo hacía en silencio porque no me gusta imponer nada, pero ahora ya no es tabú.

Pero esta religiosidad que se vuelve actual, ¿es solo un consuelo o de algún modo es una clave de lectura de la realidad, un uso más agudo de la razón?

Hay que volver a la pregunta inicial sobre el sentido. Hay que entender en qué punto del camino nos ha pillado todo eso. Creo que muchos han vuelto a conectar con su lado más profundo. La dimensión espiritual, no solo la religiosidad, reconquistará mucho terreno. Pero los terrenos que se han secado podrían acabar perdiendo el tren. Aunque es verdad que una gota de agua da vida incluso

a una zona árida, lo cierto es que esa gota debe volver para que la tierra se vuelva fértil. Dios hace el 99% pero te pide un 1%. Debes dar un paso. Al menos, a nivel de conciencia.

¿Cuál es la mejor palabra para resumir este momento?

Yo diría “oportunidad”. O mejor, “crisis” según su acepción etimológica: momento crítico, de decisión. No creo en la “nueva normalidad”, tampoco estoy de acuerdo con la narrativa del re-inicio, la re-construcción, el re-nacimiento. Entiendo que el prefijo “re-”, por sí mismo, significaría “nuevo”, pero no está dicho que sea así. Si seguimos igual que antes no cambiará nada. Si matábamos por petróleo y mañana mataremos por litio, da igual. Por eso digo “crisis”. Pero también “compasión”, en el sentido de apasionarse, de “sufrir con”, “sentir pasión por”. Es otra cosa que podremos redescubrir.

¿Y hay algo por lo que se pueda incluso estar agradecido?

Sí, es un momento en que también se puede descubrir la gratitud. Lo digo con gran respeto por los que sufren, pero esta situación nos lleva a dar un paso colectivo y a movernos personalmente. Yo me siento llamado a mejorar, como hombre, marido, padre, mánager... Y en ese sentido estoy agradecido. «Gratitud» puede parecer una palabra arcaica, pasada de moda. Pero es la memoria del corazón. Nos olvidarán por lo que hayamos dicho o hecho, pero no por cómo hayamos hecho sentirse a otro.

¿Hay algo que le haya impactado especialmente estas semanas?

Una chica que entrevisté para mis *Gotas de gratitud*, una columna que tengo en internet. Se llama Stefania y es enfermera en un hospital oncológico. De día está en la planta y de noche trabaja en su tesis. Pero todas las tardes, con una compañera de piso, visita a los ancianos de su bloque para saber si alguien necesita algo de compra. Puede parecer algo banal pero yo, por ejemplo, no lo he hecho... Esa chica me ha enseñado, me ha abierto una ventana.

En su mundo, la economía y las finanzas, ¿qué traerá todo esto los próximos meses?

La situación es grave. Mucha gente tendrá problemas en su economía doméstica. Habrá gente que se quede parada durante años. Con unos costes emocionales muy duros, como el que tuviera previsto pagar unos estudios a sus hijos, el que tenga que hacer esfuerzos enormes... El impacto económico es serio y la industria tendrá que decidir cómo se sitúa. El deseo de acumulación y especulación podría encontrar terreno fértil, por miedo, arrogancia... Pero también podría abrirse camino otra manera de hacer economía. ¿Por qué un banquero no va a replantearse la situación? El papa Francisco ha dicho que la política es una de las formas más altas de la caridad. Lo mismo vale para las finanzas: gana, haz negocio, pero no puedes hacerlo sin tener en cuenta el conjunto. ■

Al descubierta

Termina el curso escolar después de meses de enseñanza a distancia. Una manera de enseñar, relacionarse y aprender para la que nadie estaba preparado. Algunos profesores cuentan por qué ha sido una aventura llena de sorpresas

34



Paola Bergamini

Tres meses de clase a distancia. Tres meses durante los cuales los profesores han “mirado” a sus alumnos desde el monitor de sus ordenadores. Han entrado en su casa y después, con las cámaras apagadas, han preparado clases “nuevas”, ejercicios “nuevos”. Una modalidad de enseñar totalmente nueva para la que nadie estaba preparado, desde un punto de vista técnico y didáctico. La alternativa estaba entre “gestionar” la situación teniéndolo todo bajo control o bien... aceptarla como una aventura humanamente interesante. Y como cualquier aventura, llena de descubrimientos, a menudo inesperados. Claro que para que eso fuera posible había que jugarse el todo por el todo, exponerse en la relación con los chavales. «Pero el plus de humanidad que he recibido es inimaginable. Es un punto de no retorno», declara un profesor. Hemos querido contar en qué consiste ese plus, esa aventura que ha despertado la humanidad de muchos. Incluso lejos de las aulas.



En el telediario salen imágenes de médicos y enfermeros abrumados por el trabajo. Francesco, profesor de Historia y Filosofía en un liceo clásico, siempre había pensado que el suyo era el mejor oficio del mundo, pero mirando esos rostros, escuchando sus dramáticos relatos, le surgió una duda: ¿pero lo que hago basta?, ¿cómo puedo ser útil para el mundo ahora? Al apagar la televisión, el iPad le avisa de un nuevo correo. Es Beatriz (nombre ficticio), alumna de quinto. Una serie de reflexiones sobre la última clase y sobre *Cisnes salvajes*, el libro que les ha mandado leer. Francesco le contesta: «Oye, ¿qué te parece si lo comentamos en la próxima clase online?». En dos minutos llega la respuesta: «Ok».



No se lo esperaba. Beatriz es una chica inteligente, pero nunca ha intervenido en clase. ¿Prodigios de la educación a distancia? Se le escapa una sonrisa... Él que al principio estaba totalmente en contra, que solo cedió en parte cuando una compañera y amiga le contó la belleza que estaba descubriendo con sus alumnos.

A los dos días, clase online. Pregunta de Beatriz: «¿Cómo es posible que la protagonista del libro se dé cuenta sola, contra todos, de que en China, bajo el régimen comunista, algo no va bien?». Se abre el debate. Cada uno tiene algo que decir. Una chica interviene: «No es una

cuestión de razonamiento, el corazón es lo que le ha permitido ver algo que los demás no veían». Francesco se limita a tirar del hilo del diálogo manteniendo despiertas las preguntas.

Acaba la hora. Con la cámara apagada, piensa que nunca había tenido una clase tan bonita, ni siquiera en “vivo”. Algo se ha encendido en esos chavales. Algo que no hay que perder, algo para ellos y para él. Vuelven a conectarse para escuchar canciones conocidas que hablan de la libertad y de la soledad. Nuevas preguntas. Una chica le llama y le dice: «Usted dijo una vez, hablando de la elección de la carrera universitaria, que la cuestión es ser felices, pero entonces yo...». Y otro: «Profe, usted y yo tenemos que hablar del Covid». La respuesta a la duda de aquel día delante del televisor está ahí, en esas preguntas, acompañándoles sencillamente para que esas llamas de verdad no se apaguen.



«Quería pedirte que echaras un ojo a Virgi. Está muy mal. Intenta hablar con ella». Silvia mira con sorpresa a su compañera de Dibujo, que la ha parado un momento en la sala de reuniones del liceo artístico donde da Historia del Arte. Le parece imposible. Una chica reservada con una media de nueve en todas las asignaturas. Al día siguiente habla con ella, la verdad es que ya no es la misma. Le pregunta qué está pasando. Su compañera tenía razón. Virginia es una “adicta” al estudio, no puede dejar de estudiar, siempre quiere saber más, es esclava de su estudio y eso la está poniendo al borde de la depresión. Silvia no deja de pensar en ella y sigue cuidando la relación.

En febrero, Virginia le escribe: «Me siento una persona banal, y la banalidad me da miedo». La semana siguiente es el encuentro de los bachilleres de último curso, así que Silvia invita a Virginia y esta no se lo piensa dos veces: «iré». Llegaron jadeantes porque iban con la hora justa. Era la primera vez que Virginia veía a los bachilleres. Y también la última. A los diez días, el país se paraliza. Pero algo ha sucedido y la chica deja a un lado los libros y empieza a conectarse con los chavales del grupo, percibe que ahí hay algo más que conocer. Du-

rante la meditación online del Sábado Santo para los bachilleres, Pigi Banna habla de presencias verdaderamente amigas y dice: «Este es el gran descubrimiento. Cuando nos encontramos con personas así no solo se abren nuestros ojos ante la realidad, también el deseo de vivir humanamente, sin máscaras, por esa mirada amorosa que dirigen a nuestro yo». Justo después vuelven a conectarse por Zoom para saludarse y Virginia no puede contenerse. «He participado en estos encuentros sin conocer a nadie, pero estas personas me han sacado de la nada. Es increíble: estoy viviendo. Me parece imposible que esto pueda suceder en medio de una situación de aislamiento. He encontrado personas que me han hecho conocer mi conciencia, una nueva versión de mí misma. ¡Y nunca nos hemos visto “en vivo”!».

Ocho en punto. Silvia enciende el ordenador. Como todas las mañanas, piensa en la cara de Virginia aquel día. Ante un monitor aún en negro, sabe que detrás de esas pantallas se esconden corazones que gritan una necesidad que también es posible interceptar de esta manera. Por eso muchos de sus alumnos se conectan a la Escuela de comunidad. Un nuevo inicio: con esta conciencia, explicar al Giotto o a Matisse es otra cosa.



En febrero, nada más cerrar las aulas, Alfonso, profesor de Matemáticas y Física, decide ponerse a trabajar inmediatamente para no perder el contacto con sus alumnos. Compra de su bolsillo un dominio web y configura una plataforma Moodle. Para inaugurarla, publica una carta abierta a los chavales: «Este tiempo es útil porque tal vez pueda obligarnos a preguntarnos sinceramente: ¿qué es lo que de verdad me importa? Todos nos inundan

con indicaciones para vivir, instrucciones de uso para protegernos, para permanecer a salvo, para no exponernos al peligro de una muerte inminente. ¿Pero quién se dedica a decirnos por qué vale la pena vivir? ¿Para qué dar la propia vida?». Se trata de sus propias preguntas e inquietudes, que quiere compartir con los alumnos.

En la primera conexión, la lee en todas las clases. Las reacciones son diversas, pero los sentimientos de sorpresa y gratitud son comunes a todos. Un chico le dice explícitamente: «Gracias, profe. Se ve que nos quiere». Es un primer paso. En todas las clases, Alfonso, como hacía antes, empieza preguntando: «¿Cómo estáis? ¿Y vuestras familias?». Luego empieza la lección, que intenta explicar de manera aún más precisa y documentada, lo suyo son los números y fórmulas, quiere transmitir su pasión.

Una mañana, la cara de un alumno le parece especialmente triste. Le pregunta: «¿Hay algo que no va bien?». El chico escribe: «El micrófono no me funciona, no puedo hablar». No es verdad. Al acabar la clase, le llama por WhatsApp. «Mis abuelos tienen coronavirus y mis padres no quieren que lo diga. Pero pensando en su carta, creo que de usted me puedo fiar». Alfonso le dice: «Rezaré por ti y por tus abuelos, que el Señor os ayude». Nunca había tenido la necesidad de explicitar su fe, pero en ese momento son las únicas palabras que puede decirle para acompañarle.

Fuera de las clases, se suceden las llamadas. A veces dramáticas. Una chica le confiesa que la pareja de su madre se fue a vivir con ellos pocos días antes de la cuarentena. «También se ha traído a sus hijos. Somos

*«Es increíble: estoy viviendo.
Me parece imposible que esto
pueda suceder en medio
de una situación de aislamiento.
He encontrado personas que me
han hecho conocer mi conciencia,
una nueva versión de mí misma.
¡Y nunca nos hemos visto
“en vivo”!»*

ocho en pocos metros cuadrados. Todos tenemos que conectarnos y la conexión no lo aguanta. Aunque eso es lo de menos...». Por Pascua envió una felicitación a todos y un alumno le contestó: «Profe, quería darle las gracias por cómo es y cómo nos ayuda desde detrás de la pantalla. Personalmente me ha hecho crecer y ver el mundo como un lugar distinto. Una vez le dije que no es obvio despertarse por la mañana y que deberíamos dar gracias por lo que se nos ofrece... Gracias. Esto no tiene nada que ver con las clases, pero quería darle las gracias y hoy por fin lo he hecho».



Ocho y media. Mientras se toma el café, Sara revisa un folio con apuntes de *Marzo*, la poesía de Giorgio Caproni que leyó en la última clase a sus alumnos de segundo en el Instituto profesional de mecánica donde lleva un año dando clase de Italiano e Historia. Es la clase que más le cuesta, desde antes de que se cerraran las aulas. «Proponerles este recorrido poético ha sido demasiado arriesgado, creo que me he equivocado», piensa. En la pantalla del ordenador van apareciendo mientras tanto las caras de los alumnos: todos conectados antes de la hora. Pasa lista y empieza la clase. «Nos habíamos quedado con la pregunta: “¿Qué imagen se te ha quedado en la mente después de leer la poesía de Caproni?”. ¿Alguien quiere decir algo?». «La esperanza», dice un chaval. Sara no se lo esperaba. «¿Por qué?». «La lluvia inesperada de la que habla obliga a todos a huir. A refugiarse en casa como nosotros ahora. La lluvia puede durar un día, una semana o un año, nadie lo sabe.



© Giff Habeshaw/Unsplash

Pero estamos seguros de que después volveremos a abrir la ventana sobre una pradera iluminada por el sol». «Profe, ¿entonces esta poesía habla del coronavirus?», dice otro. «¿Cómo?», pregunta Sara. «La lluvia no es solo algo negativo, igual que este virus no es solo algo de lo que huir a encerrarse en casa por miedo. Es un tiempo dramático, pero nos está preparando para algo tan hermoso como la nueva vida que en marzo renace».

Con el ordenador apagado, Sara rompe el folio con sus apuntes. Hoy ha aprendido de sus alumnos, de los más caóticos. Es uno de sus descubrimientos en este tiempo que ella esperaba arduo y complicado. Esa noche habla con un amigo sobre lo sucedido: «¡Y yo que me había creado el problema de cómo “introducir” la cuarentena en las clases de poesía! Me han superado. Doy clase de Historia, Gramática y Literatura, y tengo que hacerlo bien, implicarme totalmente, pero al mismo tiempo deseo custodiar estas semillas de novedad que también son para mis alumnos, pero porque antes son un bien para mí. Trato de hacer mi tarea proponiéndoles una esperanza y un significado que tal vez, cuando lo intuyan, quién sabe dónde les podrá llevar. Mirándoles, lo deseo todo para ellos, sobre todo que descubran lo hermosa y sorprendente que es la realidad. Eso es lo que yo aprendí cuando conocí el movimiento en la universidad». ■

«Un juego de niños»



Alessandra Stoppa

¿Qué le sostuvo durante 28 años de trabajos forzados bajo el régimen albanés? Habla el cardenal Ernest Simoni, que vivió la libertad en prisión. En estos «tiempos durísimos» ve el momento de recordar «algo que hemos olvidado: nunca se nos quitará la vida»

38

Cuando, tímidamente, cuenta su historia habla de «peripecias». Pero se refiere a su arresto, la víspera de Navidad de 1963, con todo lo que siguió: torturas y 28 años de prisión y trabajos forzados, doce de ellos en la mina y luego en las cloacas. El cardenal Ernest Simoni es actualmente el único sacerdote superviviente del régimen albanés de Enver Hoxha. «Igual que me persiguieron a mí, también os perseguirán a vosotros», dice enseguida, casi como queriendo decir que no hay que asombrarse por lo que le sucedió. Y todavía comprende menos que alguien se sorprenda por él mismo, por cómo lo vivió. «Soy totalmente indigno».

Es el mismo sentimiento que le dominaba en la catedral de Tirana el 21 de septiembre de 2014, viendo al Papa conmoverse hasta las lágrimas. Francisco acababa de escuchar el descarnado relato de este anciano sacerdote albanés, que entonces tenía 86 años y todavía atendía decenas de parroquias en las montañas sobre el lago Scutari. Nada más terminar, acudió a abrazarlo, se sostuvieron las manos en silencio con las frentes apoyadas y los ojos cerrados. Lo definió como un «mártir». Un mártir viviente. Dos años después, en el Consistorio del 16 de noviembre de 2016, lo nombró cardenal. Pensando en ese día en San Pedro, Simoni siente aún «mucho vergüenza». «Me besó las manos. Él a mí. Yo las bajaba y él se agachaba más... Luego me abrazó».

Hoy vive en su ciudad adoptiva, Florencia. Hasta febrero, cuando todo se bloqueó, nunca se detuvo, pastor incansable que dedicó su vida a visitar a los católicos al-

baneses en América y a su servicio a la Iglesia como confesor, exorcista y llevando a todas partes su testimonio. Testimonio que, en la prueba de estos días y en las preocupaciones por el mañana, ayuda a ver de dónde nace la libertad de este hombre, incluso estando “condenado” a la nada por una de las dictaduras más feroces de la historia. Por eso hemos ido a buscarlo mientras pasa estos días de «arresto domiciliario», como él dice, riendo y siempre agradecido por una salud de hierro que «es una gracia de la Virgen. ¡Para ella soy un joven de 92 años!». Las respuestas a todas las preguntas le salen como una oración. «Dios es amor infinito. Llama al corazón de todos los hombres. Está en cada casa...». En este tiempo sin misas con el pueblo ni sacramentos, para él era aún más claro. «Jesús nos dijo: “allí donde dos rezan, yo soy el tercero”. Está en cada familia, en cada instante, en cada lugar donde lo busquemos».

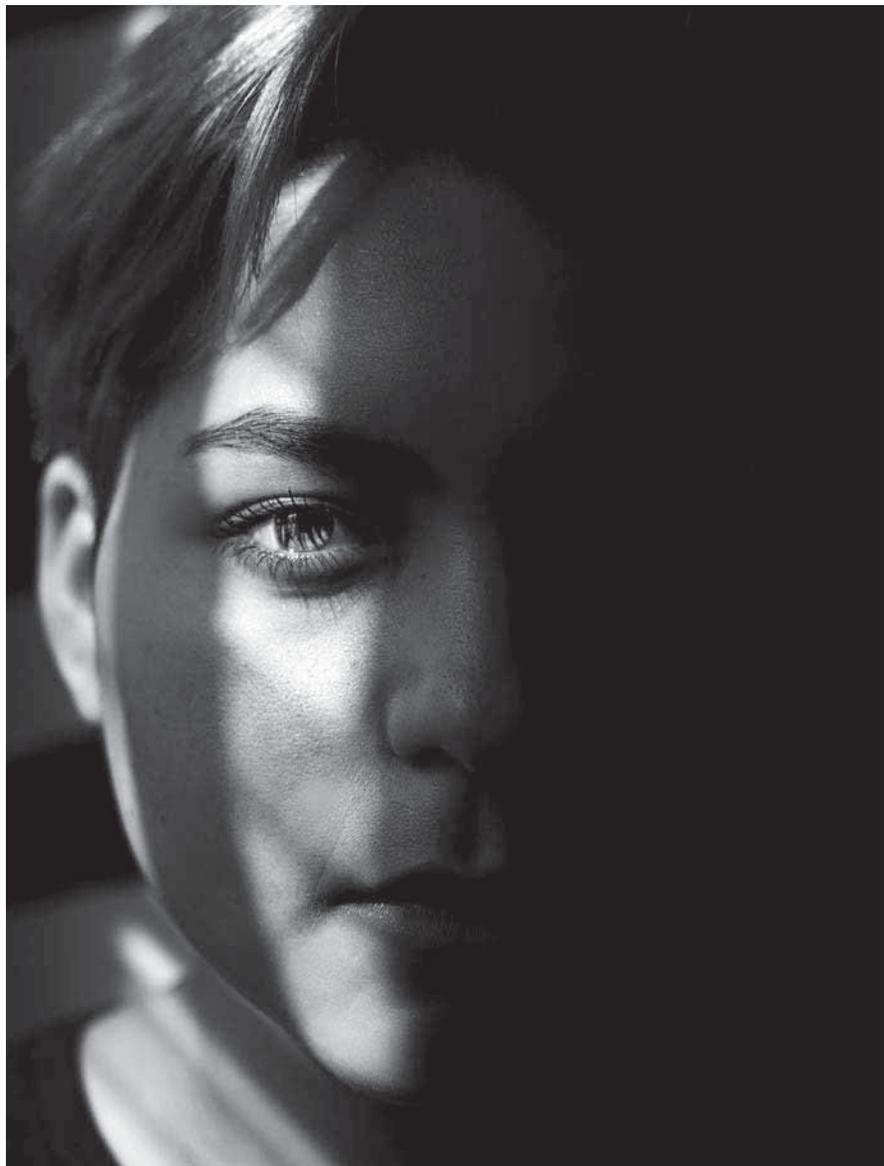
La emergencia en que el mundo se ha sumido le lleva a repetir las palabras del profeta Daniel sobre el «sacrificio cotidiano», pero «Jesús está vivo. No es mitología. Cuántos poderosos acaban reducidos a polvo, mientras Él sigue vivo y conquista los corazones». Piensa en los que más sufren, en los que han perdido a sus seres queridos, y recuerda lo que «le dijo a Lázaro estando muerto. Tres palabras: “Lázaro, sal afuera”. De la muerte a la vida». En estos «tiempos durísimos» ve el momento de la conversión, de recordar «algo que hemos olvidado: todos los hombres hemos sido creados para la felicidad, la felicidad eterna. La muerte no

vence, ha sido aniquilada. Nunca se nos quitará la vida; cambia».

Es la firme esperanza que él ha respirado toda su vida. Creció en el pueblo de Troshani, en una familia profundamente religiosa, luego «llegó la gracia de Dios: la vocación. Conocer la felicidad». Mientras avanzaba la propaganda atea, intentando acabar con la fe mediante el arresto y fusilamiento de cientos de sacerdotes y laicos, Ernest era un joven seminarista franciscano. Tenía veinte años cuando cerraron el convento y lo transformaron en un lugar de tortura, asesinaron a los curas y expulsaron a los novicios, a él le mandaron como maestro a un pueblo perdido entre las montañas. En 1955 le llamaron para hacer el servicio militar. Dos años que para él fueron «más terribles que la cárcel». Luego terminó clandestinamente sus estudios de Teología y fue ordenado sacerdote en 1956.

Siete años después, llegó aquel 24 de diciembre.

Acababa de terminar de celebrar la misa en Barbullush, un pueblo cerca de Scutari, y cuatro hombres de la policía de Estado se lo llevaron. A Simoni no le gusta hablar de los abusos que sufrió desde aquel momento, durante sus once mil días de prisión. Pero se le ilumina la cara cuando pasa lista a «todas las veces que Él me salvó». Debían ahorcarme rápidamente, acusado de tres cargos: haber engañado al pueblo con la fe, hacer exorcismos y haber celebrado tres misas por el presidente Kennedy como Pablo VI había pedido a todos los sacerdotes del mundo. Pasó meses en una celda de aislamiento, donde envían a un amigo suyo como espía para que lo provoque hablando mal del régimen. «Había comido un montón de veces en mi casa...», recuerda Simoni, «pero tenía miedo. De todas formas, le respondí que Cristo nos ha



© Richard Jaimes/Unsplash

enseñado a amar a los enemigos y que nosotros debemos comprometernos por el bien del pueblo». Por lo que parece, aquellas palabras llegaron hasta el dictador, que conmutó la condena a muerte por trabajos forzados. Pero la gracia ya le había tocado cuando le dijeron que le iban a ahorcar, porque no sintió miedo. «No me parecía gran cosa. Decía: “Dios es más grande que vosotros. Y Jesús derramó su sangre por todos. Por todos”. Me salía una sonrisa. Dios ilumina».

Diez años más tarde, el 22 de mayo de 1973, estalló una revuelta en el campo y le acusaron injustamente de haberla fomentado. De nuevo, condena a muerte, pero se la retiraron. «En otra ocasión», recuerda, «todos los prisioneros bebimos agua corroída, contaminada, ¡y ninguno murió! La Santísima Virgen nos protegió. ¡Siempre lo ha hecho!». Podían morir cualquier día, trabajaban en la mina de Spaç, quinientos metros bajo tierra entre humos y vapores, a cuarenta grados. Cuando salían, hacía veinte bajo cero. Se queda en silencio y luego dice: «“Yo estoy contigo”, le dijo a san Pablo».



Ernest Simoni, 92 años, creado cardenal el 16 de noviembre de 2016.

Su vida les enseñó «algo potentísimo: *sine me nihil potestis facere*». Cita continuamente, con la misma memoria indestructible con que decía misa en latín en la cárcel, consagrando en sus manos migas de pan y jugo de uvas machacadas. «Me las traía la mujer de un profesor musulmán que estaba preso conmigo». Eran tres mil en el campo, de todas las religiones pero sobre todo católicos, prisioneros del primer Estado del mundo que se proclamó ateo en su Constitución. Él, en silencio, rezaba en voz baja. «Me observaban y decían: “Es bueno, pero está loco...”». Yo rezaba con todo mi corazón. Era mi sostén». A escondidas, confesaba, bautizaba y daba la Comunión. Nunca dejó de ser párroco, ni siquiera cuando, declarado “enemigo del pueblo”, le enviaron a las cloacas de Scutari, «los canales de agua negra», donde pasó los últimos diez años, hasta su liberación y la primera misa celebrada de nuevo en la iglesia, el 4 de noviembre de 1990. Como contó delante del Papa, «con la llegada de la libertad religiosa, el

Señor me ayudó a servir en muchos pueblos y a reconciliar a muchas personas que querían venganza».

Simoni se sorprende cada vez que le preguntan cómo pudo perdonar. «Pero si lo ha hecho todo Jesús... Yo solo he tenido la mínima buena voluntad de acogerlo. Tengo que darle gracias de rodillas porque siempre ha estado conmigo, dándome fuerza». Luego añade, como si fuera lo más natural: «Nos mandó amar a nuestros enemigos y rezar por ellos». No ha dejado de hacerlo desde que fue liberado, encomendando a sus perseguidores a la misericordia divina. «En el paraíso se festeja más por un pecador arrepentido que por todos los santos. Jesús va en busca de la oveja perdida y la lleva sobre sus espaldas. Es todo lo que desea», afirma. «He perdonado de corazón, como espero que un día el Señor perdone mis pecados».

Hoy su esperanza está grabada en albanés en su escudo cardenalicio: «Mi corazón triunfará». Eligió las

palabras de la Virgen de Fátima, debajo de las cadenas rotas por la cruz. Está seguro de que «Jesús no nos olvida, nos ayuda», pero también nosotros «debemos elegir». ¿Qué debemos elegir? Vuelve al Evangelio. «Todos lo sabemos. Marta se preocupa por muchas cosas, se queja de María. Y Jesús le dice: “Marta, tu hermana ha elegido la mejor parte, la más hermosa, la más poderosa y dulce, la que nunca se pierde, la que nunca se alejará de ella”. Debemos volver a acercarnos a Él». Luego se excusa: «Lo siento, no puedo hablar con caricias... Se trata de amar, seguir los mandamientos, la oración ante el Santísimo, el Rosario, acoger al prójimo, a los pobres, porque lo que les hacemos a ellos se lo hacemos a Él... Se trata de hacerlo todo con él». Luego precisa: «Hacernos niños. “Si no os hacéis como niños...”». Él mira a santa Teresita de Lisieux, que «nos enseña con cosas sencillas cómo llegaba a Dios. Porque llegar a Dios es un juego de niños. Es como abandonarse en los brazos del padre y de la madre». ■



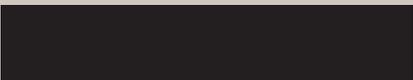
**r
u
t
a
s**

42

*Nueva York.
«Algo para
el corazón»*

46

*Austen
Ivereigh.
Retorno
al pueblo*



Nueva York

«Algo para el corazón»

Salvo Snaiderbaur
y los voluntarios
de *One City Mission*
con los sintecho
de Nueva York.

La experiencia de los voluntarios de *One City Mission*, que llevan compañía a los sintecho para que «toda la ciudad pueda experimentar esta humanidad». Una historia hecha de encuentros, que pasa por los frailes del Bronx...



Davide Perillo

42

Lúltima vez salió solo. «Si vamos juntos y nos contagiamos, se acabó». Con los recipientes de aluminio con los *fusilli* en salsa que ha preparado en casa, como siempre. Y las bolsas para añadir también el pan, una botella de agua o un zumo. Y a rodar por los alrededores de Penn Station, a dos pasos del Garden, en el corazón de una Nueva York, que estas semanas se ha convertido en la capital global del coronavirus con doscientos muertos al día. La ciudad de las fosas comunes en Hart Island, porque ya no sabían dónde meter los féretros. Con 27.000 víctimas en todo el Estado desde que empezó la pandemia. Y una crisis que está haciendo saltar por los aires negocios, despachos, familias. Engrosando las filas de aquellos a los que Salvatore Snaiderbaur y los voluntarios de *One City Mission* (OCM) van a visitar casi a

diario para llevarles comida y compañía, los sintecho. Oficialmente son 69.000 en la ciudad, pero es una estimación a la baja, sobre todo en una situación que «siempre es difícil, pero ahora todavía más. No hay tiendas abiertas, ni bares ni baños... Un desastre. El otro día hablaba con uno que rebuscaba en la basura y me decía: “aunque pudiera comprar comida, ¿dónde voy?”». Desde Brooklyn, lo cuenta por teléfono Salvatore, al que todos llaman “Salvo”. Habla de Martha, de Eddie, de los amigos que conocimos hace tiempo cuando fuimos a visitar su obra antes de la cuarentena, con esa fórmula tan sencilla y desarmante: visitar por grupos lugares fijos en días fijos para llevar comida y ropa a los que no tienen. Pero sobre todo para verlos y estar con ellos. Parece nada, pero la vida cambia.

A sus 57 años, Salvo lo fue descubriendo poco a poco. Gracias a una historia personal que merecería un artículo aparte. Una historia de raíces italianas, plantadas en Palermo y crecidas en Milán, donde fue profundizando en su encuentro con el movimiento de CL hasta entregarle la vida entera (es *memor Domini*). Pero muy americana por cómo se fueron sucediendo sus capítulos, llenos de aventuras, giros imprevistos y altibajos: ganó el sorteo de la Tarjeta Verde que otorga el visado de residencia, se trasladó a Estados Unidos en 1997, luego volvió a Italia como mánager del Ismett (Instituto Mediterráneo de Trasplantes y Terapias Especializadas) de Palermo, y de nuevo a los EE.UU («en 2005, coincidiendo con la muerte de Giussani, con el tiempo justo para ir al funeral y marcharme justo después»). Llegó a Atchison, Kansas, al *Benedictine College*, donde dio clase de



Business durante ocho años. La casa, los alumnos, el movimiento... «pero poco a poco me di cuenta de que me faltaba algo, quería hacer otra cosa».

Cuál era esa otra cosa es algo que empezó a entender de nuevo en Italia, casi por casualidad. Pasó el verano en Florencia con sus alumnos. «Allí simplemente me di cuenta de cuál era el camino. En Atchison la vida era la casa y el campus. Aquí, en cambio, todas las mañanas tenía que subirme a un autobús para ir a la ciudad. Y ahí me encontraba de todo: pobres, personas con discapacidad, voluntarios, exprostitutas con niños pequeños... Me ponía a hablar con ellos, me contaban. Se me abrió un mundo». Una ventana que se abrió aún más en Subiaco, donde se encontró delante de un retrato de san Francisco. El monje que le acompañaba le dijo: «Para el cristianismo era necesario un momento de paso, de Benedicto a Francisco. Más o menos igual que ahora». A Salvo, aquella frase se le quedó dentro. «Empecé a preguntarme: ¿qué quiere decir esto para la Iglesia, para el movimiento, para mí?».

De vuelta a América, empezó un trabajo sobre el carisma franciscano y conoció a los frailes del Bronx. En el verano de 2014 pasó un mes con ellos, en una casa de acogida. «Allí descubrí a los sintecho. Vivía con 35 de ellos, les hacía la comida, nos hicimos amigos. Les propuse la Escuela de comunidad, lo que yo soy. Fue un momento de redescubrimiento de nuestro carisma. Hasta entonces lo había vivido de cabeza para arriba, pero había un aspecto humano que había perdido con el tiempo y así lo recuperé».

Lo profundizó más adelante, gracias a dos encuentros que tuvo en un momento en que estaba sin trabajo y se había quedado, cuenta, «con 400 dó-

lares, un pantalón y dos camisas». Sucedió fuera de una iglesia en Chinatown. «Había un sintecho sentado en el bordillo de la acera. No lo graba ponerse los zapatos y pensé: si pasa un coche, lo mata. Me enterneció un poco: “¿necesitas ayuda?”. “Sí, no consigo levantarme”. Estaba borracho. Le puse los zapatos, le compré algo de comida. Estuve media hora con él y en esa media hora floreció. Empezó a contarme su vida, a hablarme de su mujer... Mientras, yo pensaba: esto es algo que nadie más puede hacer ahora. O le respondo yo, ¿o quién le acompaña?».

Aquel hombre se llamaba Alan. Es el único nombre que dejaremos intacto en este relato. «Porque la misión, de hecho, empezó ahí». Con él y con Santiago, al que conoció poco después «delante de la misma iglesia. Tirado en el suelo, no quería ayuda. Pensé que ya no quería seguir viviendo. Así que le dije: “Te comprendo, porque yo también me he quedado sin trabajo y no sé qué hacer...”». Me puse a contarle mis problemas. ¿Y él? «Cobró vida. “No te preocupes, ya verás cómo esta situación no dura siempre...”». Empezó a hacer conmigo lo que no me dejaba hacer con él. Entonces me dije: ok, creo que lo he entendido. Solo podía ayudarlo si yo también era pobre. Él hallaba esperanza en mí no por lo que yo le daba sino porque había empezado una relación. Todo lo que es OCM se resume en ese encuentro».

Lo demás llegó casi por sí solo, a pequeños pasos. Una donación inesperada, una herencia que llegó de la nada, algún amigo que se involucró. Lo necesario para entrar de puntillas en un mundo poblado de una humanidad desmesurada, casi tan grande como las heridas que te pueden dejar en la calle, que son muchas.

«A grandes rasgos, los sintecho pueden ser de dos tipos», explica Salvo



un poco reticente porque se nota enseguida que no le gusta clasificar: «Los temporales son personas en situación de necesidad por motivos económicos, como perder el trabajo o una enfermedad. Venirse abajo es facilísimo. Pero estos suelen estar en la calle uno o dos años y luego salen adelante». En cambio los crónicos son otra historia. «Hay una fractura en su vida, una enfermedad mental, la droga, el alcohol. Y la familia ya no les quiere, por vergüenza o porque es realmente imposible».

Hay otro rasgo común, y es algo que Salvo descubre continuamente. «En estas condiciones, lo humano renace en un encuentro. No por tus propios proyectos, porque quieres evangelizar... Lo único que tienes que hacer es estar disponible para estar con ellos, tal como son. Tienes que quererlos a ellos, no solo su bien. Luego está lo que tú tengas en la cabeza...». Le costó «cinco años de sudor y lágrimas entenderlo. Pero lo que más me ha ayudado ha sido hacerme pobre yo también». Y redescubrirse siempre pobre. «Mientras estamos hablando, delante de mí ha pasado uno, adelante y atrás. Ha agarrado una maleta, la ha movido, ha salido, ha vuelto a entrar... ¿qué estará buscando? Pero yo podría ser él. Yo vivo ese mismo desorden. En el fondo, lo vivimos todos».

Lo suyo es gratuidad pura. En todos sus encuentros, porque a veces se los encuentra siempre en el mismo sitio, a veces incluso le están esperando y se hacen amigos. Como C.J., que vive debajo de un cartel en la plaza que hay delante de la estación de ferris, en Staten Island, «y siempre, aparte de la comida, nos pide un bolígrafo y un cuaderno». Hay encuentros que duran media hora, como con Chantal, con la que se cruzó en la Quinta Avenida. «Yo iba chateando. Se me acercó y me dijo: “¿pero por qué la gente camina mirando el móvil? Nos hemos vuelto todos locos...». Se echó a reír, empezaron a hablar «y me contó su vida. Al despedirnos vio que iba a entrar en la iglesia y me dijo: gracias, y reza por mí». Pero los encuentros por la calle son

así. «Empiezan de manera banal y acaban entrando en lo personal». O te impactan con una frase. Como la que le dijo Jong, tailandés, desde la choza de cartón que se había instalado junto a un desagüe, elevando su mirada desde una pila con la que alumbraba un libro. «Le pregunté si necesitaba algo y me dijo: “*Nothing. Maybe something for the heart*”». Tal vez algo para el corazón. «Eso es lo que buscan: sentirse queridos, que les traten con respeto», como nos contó Martha, que lleva en OCM desde el principio, una noche a finales de invierno mientras, con otros cuatro amigos, repartía sopa con guisantes de un perol apoyado en una mesa frente al albergue de la calle 28th. «Siempre querías hacer más, pero Dios provee».

Eso de «hacer más» es una tentación habitual entre los que ayudan y en OCM la afrontan así: «Decidimos no alquilar un sitio para hacer la comida, no comprar una furgoneta para transportarla, no tener una estructura rígida», explica Salvo. «Se hace lo que se puede, con los medios disponibles. Seguir siendo pobres es un privilegio. Nos recuerda por qué estamos con ellos y que nosotros no somos quienes responden a su necesidad». Nunca les dan dinero porque «entonces te pones a otro nivel superior, te conviertes en alguien de quien reciben algo o que les mortifica». ¿Pero para ti qué es la pobreza? «Ante todo, darme cuenta de que sin la misericordia de Dios no existiría. No estaría hoy aquí». Esta conciencia también ayuda a no obsesionarse con las cifras. «¿Cuántos dejan la calle? Aún no conozco ninguna reinsertión total. Mejoras, muchas. Y considerables».

¿Por ejemplo? John, «uno de los que me hice más amigo». Cuando lo conocieron tenía los pies sucísimos.

«Me preocupaba mucho, no me dejaba dormir por las noches, pensando cómo era posible que alguien pudiera vivir tan sucio en Nueva York». Una noche fue a llevarle comida y vio sus manos aún más negras que de costumbre. «John, ¿qué ha pasado?, le pregunté. Me dijo: ¿por qué? Entonces empezó a mirarse las manos. Durante cinco minutos. “Están sucias”. No se había dado cuenta». Siguieron viéndose durante varias semanas, hasta que un día John le dijo: «Es la última vez que nos vemos. Mañana me voy a Las Vegas. Allí hace calor y yo aquí no puedo estar en invierno». Se enteró entonces de que el verano pasado había estado en California, y el anterior también... «¿Pero puedes pasarte así toda la vida?». Se quedó pensando, callado.

«No lo volví a ver. Luego me llamó unos días más tarde, yo pensaba que ya se había ido: “Hola, necesito que me escribas una carta de recomendación para que me den una casa”». Salvo fue a hablar con el asistente social y el proceso se puso en marcha. «Me refiero a este tipo de progreso. Uno que primero se da cuenta de que tiene las manos sucias. Y después, poco a poco, decide escucharte, deja de huir y pide ayuda... Ahora no sé dónde está, pero tiene nuestro número y si lo necesita puede llamarnos. No podemos pretender quitarles el peso de la historia que les ha llevado a vivir en la calle. No sería realista. Pero lo que deseo es que dentro de ese peso insostenible se abra paso una experiencia de esperanza».

Nada de pretensiones. Solo «una ganancia para uno mismo», como decía Alessandra, que se sumó hace poco al grupito que todos los jueves, en la pausa de la comida, lleva a los sintecho de Battery Park un plato de



pasta que preparan en la sede americana de *De Cecco*, en Lower Manhattan. «Lo que ellos te dan es más de lo que das tú». El suyo es uno de los cuatro grupos que, en una época normal, salen en días fijos por Grand Central, en Brooklyn, o por los alrededores de la iglesia de San Francisco de Asís. Algunos son amigos de CL que hacen la caritativa con OCM. Pero hay muchos que no, y que están ahí simplemente por el boca a boca. Hay hasta un equipo del mundo de la moda: modelos, actores, fotógrafos. «Una amiga que vino el año pasado con su marido se quedó impactada. Hizo una fiesta y algunos de sus invitados se enteraron de que existíamos y quisieron involucrarse». Y es que esa es una de las características de esta obra, ya lo dice su nombre: *One City*, para todos. «Nunca hemos pensado en la misión como algo solo para los sintecho. Es para toda Nueva York. Ellos son los que más necesidad tienen y por eso empezamos por ahí, pero esta obra es para la ciudad entera, para que toda la ciudad pueda experimentar esta humanidad».

Como Doni, que va una vez al mes con Raquel y Peter, que nunca faltan, más algún que otro amigo que se suma de vez en cuando. Lleva «pasta con ragù, así también comen carne». Unos treinta platos cada vez. «Cada encuentro es un milagro continuo». Un milagro que no se esperaba cuando Salvatore le habló de OCM hace dos años y medio. «Estábamos cenando con los amigos de la Fraternidad. Nos habló de esto y se conmovió. “¿Cómo puedo ayudarte?”, le pregunté. “Ven”. “No, yo no puedo...”». Pero fue. La primera vez sin llevar nada. «Empezamos a hacer la ronda. Todos se presentaban, te daban la mano, te preguntaban por lo que tenías. Y yo no tenía nada», continúa Doni, que aún se conmueve al contarlo. «Entonces uno dijo: ¿alguien tiene una bolsa de plástico? Y yo siempre llevo una en el bolso, es una costumbre que tengo. Y me piden justo eso, ¿te das cuenta? Pensé: pero si yo soy igual que esta bolsa vacía...». A partir de entonces nunca ha dejado de ir, llevando comida, ropa, calcetines. «Pero siempre llevo conmigo una bolsa vacía». ■

Austen Ivereigh

Retorno al pueblo

El papel de Francisco hoy, el camino de la Iglesia, la conversión personal... Con la mirada puesta en un mundo sacudido por la crisis. Un hilo directo (online) entre América Latina y el periodista británico, uno de los mayores conocedores de Bergoglio

46



Verónica Pando

Periodista argentina, trabaja en *Consudec*, la revista digital del Consejo Superior de Educación Católica, órgano de la Conferencia episcopal argentina.

«**E**s tan poco probable que un inglés sea elegido en estos momentos para comunicarse con un Papa argentino...». Para el periodista y escritor británico Austen Ivereigh fue «un gran don» la posibilidad de entrevistar a Francisco en este momento histórico. No esperaba esta «joya», el regalo de su respuesta. Algo que le llegó por sorpresa «cuando me encontraba plantando un jazmín», durante su cuarentena en la campiña de Hereford, cerca del límite con Gales. Ivereigh es autor de la profunda biografía sobre el Papa Francisco *El Gran Reformador* y de la reciente entrevista con el Pontífice sobre la pandemia (publicada en *The Tablet*, *Commonweal*, *ABC* y *La Civiltà Cattolica*). «Este webinar debería ser para ustedes, que conocen al Papa mejor que yo», dijo dirigiéndose a una decena de obispos argentinos que el



© Massimiliano Migliorato/PPP

pasado 22 de abril participaron en un encuentro titulado “El liderazgo de Francisco en tiempo de coronavirus”, un diálogo a distancia entre él y quinientas personas repartidas por toda América Latina, que nació a raíz de su amistad con los comisarios de la exposición “Gestos y palabras” del Meeting de Rímini de 2018. A continuación publicamos un amplio fragmento de la conversación.

¿Cómo ve el liderazgo de Francisco en este momento? ¿Dónde nos está llevando el Espíritu Santo?

Pienso en la oración de aquel 27 de marzo en San Pedro. En aquel discurso el Papa habló de la conversión, de la necesidad de confiar en Dios que está a cargo de la historia. Utilizó la metáfora de la «tempestad». Es un momento de apocalipsis, en el sentido de que revela cosas que necesitamos aprender. Me parece que en su lectura



de la crisis podemos encontrar un parecido a sus escritos de los años 80 sobre la tribulación, la desolación institucional, en el sentido de que en todo contexto de sufrimiento, de crisis, de pérdida de control, hay una invitación a la conversión: una gracia que nos está ofreciendo Dios, y a la que es importante abrirnos para no perder la oportunidad. El liderazgo de Francisco en tiempo de coronavirus actúa; es como un director espiritual que nos está señalando dónde está la gracia de la conversión. Pero los obstáculos y las tentaciones pueden cerrar nuestra mente a esta oportunidad. Por eso, con voz pausada y de manera muy insistente, él dice en la entrevista: «no perdamos la oportunidad que nos ofrece la crisis». ¡Qué difícil hablar así porque las noticias son abrumadoras, tantas muertes que lamentar, tantas personas que se están sacrificando! Y a la vez, hay tanta inseguridad laboral,

tanta pobreza, que hablar ahora de oportunidades puede parecer muy desalmado. Pero el liderazgo del Papa se enfoca en el sufrimiento y en cómo responder a ese sufrimiento que es lo que nos cambia. Nos está enseñando el nuevo horizonte, la posibilidad de la nueva sociedad que puede salir de todo esto. Por eso, mi razonamiento es que no convirtamos la experiencia en una anécdota. También hay una serie de liderazgos que él mismo está ofreciendo a la Iglesia en este contexto acerca de cómo “estar cerca” ante la tentación del ensimismamiento, frente a la necesidad de no ser portador del coronavirus.

A la luz de su primer libro, *El gran reformador*, ¿cómo ve el recorrido de su pontificado? ¿Y qué es lo que ha querido transmitir a la Iglesia y al mundo con su nuevo libro, *Wounded Shepherd*?

Todavía no se tradujo al castellano, pero en español se titula *Pastor herido*. El subtítulo –*Pope Francis and his struggle to convert the catholic Church (El papa Francisco y su lucha por convertir la Iglesia católica, ndt.)*– es importante, provocador, porque se refiere a la lucha del Papa por convertir la Iglesia. Se focaliza en lo que aprendí acerca del tema central de su Pontificado, que no es tanto la reforma en términos institucionales sino la conversión. Comienzo el libro con un pequeño *mea culpa*. Cuando escribí *El gran reformador*, a pocos meses de su elección, estaba como tantos, muy abrumado y profundamente impresionado por Bergoglio. Revisé su vida, y vi que aparecía en momentos clave de la historia como un gran líder. Entonces yo creía un poco en el mito del “superhéroe” que entra en un momento de crisis y resuelve las cosas por sus dotes personales, o su genio. Es indudable que Francisco tiene dotes de líder, pero exageré su protagonismo. Cuando me encontré con él en 2018, cuando empezaba a escribir el segundo libro, me advirtió con mucha suavidad contra esa tentación: no idealizar su protagonismo, porque el protagonista principal de la conversión y el cambio no es él, sino el Espíritu Santo. Entendí, como discípulo suyo, que su papel es como el de un director espiritual que genera el espacio para la conversión y abre procesos para que el Espíritu Santo actúe. El segundo libro está construido sobre esta idea: que la gente pueda aprender lo que yo he aprendido de Él; su forma de liderar y guiar, que no es fácil de entender desde una óptica “política”. En el fondo la meta de su Pontificado es volver a poner a Jesús en el centro. Y darle un protagonismo al Espíritu Santo, que es un tema constante de sus homilias y reflexiones. Entender que la verdadera agencia del cambio es espiritual, y toda experiencia de vida, o la experiencia histórica que vive una sociedad, son una oportunidad de revisar nuestras prioridades. En el libro me ocupo de la reforma y del cambio en la mentalidad del Vaticano, de pasar de una mentalidad de “dominio” a una mentalidad de “servicio”. En el fondo lo que está buscando Francisco es una conversión hermenéutica. No es que pretenda que la gente piense como él, sino que pueda ver más la humanidad, a través de los ojos del buen pastor. Esto es el Evangelio, que no usa el poder para cambiar, sino que cambia nuestro enfoque, y así lo cambia todo. Este es el gran tema del Pontificado.

En el contexto del coronavirus, el Papa hace referencia a un obispo que le ha llamado la atención acerca de la relación virtual que está viviendo a través de los medios de comunicación. Luego, en Santa Marta, dijo que una «familiaridad con Cristo sin comunidad», sin Iglesia y sin los sacramentos, es muy peligrosa, se puede convertir en una «familiaridad gnóstica», separada del santo pueblo fiel de Dios. ¿Qué significa esta afirmación?



Austen Ivereigh es escritor y periodista, vive en Reino Unido, entre Reading y Oxford, donde imparte un doctorado sobre Iglesia y Política en Argentina. Es cofundador de *Catholic Voices* y autor de la biografía de Bergoglio traducida en nueve idiomas, *El gran reformador* (Ediciones B, 2015). Su último libro es *Wounded Shepherd: Pope Francis and His Struggle to Convert the Catholic Church* (Macmillan Audio, 2019).

Un tema de mucho interés desde el inicio de este Pontificado es el tema de la ecología integral y los “descartados”. El Papa trató estos temas en medio de la pandemia y lo profundiza en medio de nuestras heridas, ¿pero qué novedad representan?

Francisco habla de los acontecimientos climáticos extremos en respuesta a la degradación del medio ambiente, y dice que hemos consumido y gastado demasiado. Por eso señala que es momento de recuperar nuestra conexión con el entorno y la naturaleza, darnos cuenta que somos co-creados con la creación. Al ser conscientes de este don, aprenderemos a respetarnos. Es un momento para ver cosas que no veíamos antes. Hubo una instancia en la entrevista que me detuvo a escuchar el audio. Su voz se puso muy pausada. Y en vez de leer, porque había tomado apuntes, me dio la impresión de que su voz era llevada por el Espíritu. Me impactó. Y dijo: «Quiero detenerme en esto. Este es el momento de ver al pobre. Porque nosotros no lo hemos visto, hemos actuado como si estuviésemos a cargo de todo». En términos de la ecología integral y la conversión de nuestras economías, las hay más humanas y menos líquidas. Quiero recomendar la lectura de una carta que escribió durante la Pascua a los movimientos populares (movimientospopulares.org). La pandemia nos está enseñando que nuestras vidas dependen ahora del enfermero, el personal transportista, en el fondo de los que sirven, es el momento de reorganizar nuestras sociedades y economías en respuesta a esta toma de conciencia. Es un momento de conversión no solo personal sino también a nivel social y económico. Los gobiernos occidentales han decidido congelar las economías para salvar vidas y no hay una salida fácil de esta situación. No vamos a poder volver al modelo anterior. En su carta a los movimientos populares, el Papa propone un nuevo salario básico, porque es el momento de pensar cosas que antes eran inconcebibles, por el hecho de haber puesto tanta fe en el mercado y el estado. Ahora es tiempo de abrirnos a otras formas de organización socioeconómicas más humanizadas.

La Iglesia que vivimos en este momento yo la llamo “home church”, no se trata de la iglesia doméstica, sino vivir la Iglesia pero desde casa. Es una oportunidad de experimentar a la Iglesia como pueblo de Dios, o primitiva, cuando no tenía el respaldo de la ley, o no podía confiar en las grandes instituciones. Sabemos por los Hechos de los Apóstoles que la fe se vivía en la casa, en comunidad, como ustedes en el movimiento de Comunión y Liberación. Pero al mismo tiempo, la Iglesia nunca puede dejar de estar arraigada en la presencia sacramental, y en la presencia del pueblo creyente, de la gente común. Cualquier tentación de crear una Iglesia de clase media, más intelectual, o de personas de buenos modales... todo ese intento de crear iglesias puras o pelagianas no es la Iglesia de Cristo. Tal vez no es este el momento de vivir la Iglesia como institución, pensé torpemente en la entrevista. Entonces él me dijo: «Pero no hay ninguna contradicción; la Iglesia es institución, pero el protagonista de la Iglesia es el Espíritu Santo, que la institucionaliza y la des-institucionaliza al mismo tiempo». O sea, que este tiempo que estamos pasando requiere creatividad pastoral. Ya estamos recibiendo de nuestros pastores la misa diaria y las liturgias virtuales, como un gran regalo. Ojalá aprendamos a usar estos medios para estar más en comunión. Al mismo tiempo no podemos interpretar que esto es una alternativa a la Iglesia real; es solo una respuesta a una crisis. Después volveremos a recuperar la corporalidad y la sacramentalidad de la presencia del pueblo de Dios alrededor de la mesa eucarística, con su pastor. Así es la Iglesia, y siempre lo será.

¿Qué camino propone Francisco para América Latina, donde viven la mitad de los católicos del mundo, que están en disminución? ¿Cómo ve el avance especialmente de los evangelistas?

El diagnóstico de Francisco es el mismo que pronunció en el encuentro de Aparecida de 2007. En mi libro lo describí como el discernimiento más profundo que había hecho la Iglesia. La base de su Pontificado y la encíclica *Evangelii Gaudium* en el fondo es la universalización del discernimiento de Aparecida, que parte del presupuesto de la globalización y el avance tecnológico como un hecho, no como algo que lamentar, o simplemente condenar, sino como un hecho que ha producido cambios profundos, sobre todo en cómo nos relacionamos con las instituciones. Estas tendencias tecnológicas están socavando los lazos familiares y disolviendo los vínculos de confianza y fraternidad. En este contexto, es imposible que la Iglesia siga confiando en las instituciones como modo de transmitir la fe de generación en generación. Tal vez sea el momento de recuperar el modelo de la Iglesia primitiva, que no dependía de la ley o del apoyo de las instituciones, sino que tenía una experiencia que comunicar: el encuentro con el amor misericordioso de Dios. Es una experiencia, no una idea. Como ha dicho Benedicto, o monseñor Giussani, es una experiencia de encuentro con una persona que te cambia el horizonte. Y en cuanto seamos capaces, como cristianos, de comunicar esto, la Iglesia volverá a crecer. Pero es necesario entender que la Iglesia puede “perder” muchos fieles en el camino, que en realidad eran fieles más por razones culturales o institucionales que por propia convicción. La secularización es una experiencia de “pérdida”. Sin embargo, para Francisco es importante ver lo que está creciendo. Y el coronavirus está acelerando esta tendencia. Por ejemplo, por la imposibilidad de ir a misa. En esta crisis, la invitación es hacer una vida interior más profunda en el encuentro con Cristo a través de la oración. Para la Iglesia latinoamericana es muy importante la famosa metáfora de la Iglesia como “hospital de campaña”, en el contexto de la pobreza y el desempleo. Muchas personas preguntarán en estos años, como preguntaron en la crisis argentina de 2001: ¿dónde está la Iglesia? ¿Se ha apartado de nosotros? El otro día pensaba que Bergoglio ya tiene experiencia de una crisis económica masiva; el nivel de colapso económico que vivió la Argentina es muy poco común. Él fue un piloto de tormentas en esa época, movilizó a la Iglesia y los argentinos no han olvidado cómo los acompañó en ese momento. En San Pedro, Francisco dijo: «Este es un tiempo para elegir». Tanto para la Iglesia como para la humanidad, las opciones se presentan de una forma bastante dramática. Si se abren al Espíritu Santo, saldrán de esta crisis mucho más fortalecidas.

La *Gaudete et exsultate* plantea dos grandes peligros sutiles del cristianismo contemporáneo: el pelagianismo y el gnosticismo. ¿Cómo ve el Papa el rol de los movimientos eclesiales que han nacido después del Concilio Vaticano II, frente al desafío cultural e histórico de hoy, a quienes tanto san Juan Pablo II como Benedicto XVI valoraron su gran tarea?

Francisco valora mucho los movimientos. Mencioné ejemplos en mi primer libro, porque él piensa que en los movimientos hay una tentación de que se vuelvan autorreferenciales, que haya cierto pelagianismo o, sobre todo,

gnosticismo, como tendencias intelectuales o burguesas de creer que para ser un buen católico hay que “ser de los nuestros”. Un movimiento católico tiene que volver al pueblo, pero en el sentido evangélico. Inspirados por el Espíritu Santo tienen un don o carisma especial que deben poner al servicio de la Iglesia. Hemos visto un poco de todo acerca de cómo estos movimientos reaccionan al Pontificado. Pero el futuro de los movimientos es seguro.

¿Y cómo ve el Papa a Europa?

Estoy convencido de que Francisco cree que el Viejo Continente ya no es capaz de renovarse por sus propias fuerzas. Porque el apego al poder es muy grande y la tecnocracia se ha desarrollado hasta el punto de que uno se pregunta quién es el pueblo, ¿el santo pueblo fiel de Dios dónde está? Cuando me encontré con Francisco en 2018 le pregunté por qué deposita tanta fe en el pueblo. Me habló de las peregrinaciones a Santiago de Compostela y de la religiosidad popular en Europa, pero la idea de que la Iglesia europea pueda revigorizarse en las raíces de esta religiosidad popular es una quimera, salvo que haya un cambio grande como el que estamos viviendo ahora. El Papa deposita mucha fe en el influjo masivo de los migrantes que vienen de otros lugares donde precisamente existe esa religiosidad popular y no solo en términos de devoción, sino como experiencia de encuentro con Cristo en la vida de su pueblo. Le preocupa mucho la falta de solidaridad y de fraternidad que se revela como resultado de esta crisis en las instituciones europeas. Solo si recupera el vínculo con el pueblo se revigorizará. Tal vez esta pandemia y la crisis económica sea la oportunidad para Europa. ■





Medellín, Colombia. Una niña venezolana duerme fuera de la estación de autobuses.

Salieron de Venezuela por la crisis y vivían en otros países latinoamericanos. Ahora han empezado el viaje para volver atrás. Han perdido su trabajo, se encuentran sin protección o han sido desalojados de sus casas por la emergencia del Covid. Por las fronteras oficiales, en pocas semanas han regresado solo desde Colombia 35.000 venezolanos. Pero son muchos más los que regresan clandestinamente. Vuelven a un país donde nada de aquello que hizo huir a más de cinco millones de personas ha cambiado.

Compra pendiente

52

«**C**uando salgamos, la mayor emergencia será el trabajo. Piensa en los comercios, ¿cómo se van a recuperar después de tantas semanas cerrados?». Una charla durante la cena en familia. Marta es profesora y no ha perdido un solo día de trabajo, más bien ahora trabaja el doble. ¿Pero el resto? Quién sabe qué pasará con las tiendas del barrio: la mercería, la peluquería, la boutique de Carla... todas las persianas bajadas. «¿Cómo será cuando vuelvan a abrir? O, mejor dicho, ¿volverán a abrir?».

Al día siguiente, al terminar las clases online, llega la hora de ir a hacer la compra. Va al súper de al lado de casa. Guarda la fila, se pone la mascarilla, los guantes, el desinfectante y se encuentra con el aviso de la “compra pendiente”: *Si quieres, puedes adquirir productos de más y dejarlos en el carrito que hay a la salida. Quien puede da, quien no puede recoge.* El carrito en cuestión está repleto. De vuelta a casa, Marta pasa por delante de uno de esos locales vacíos, se ve hasta polvo sobre los objetos de

los escaparates. «También se podría hacer una “compra pendiente” en estas tiendas...», piensa. De golpe, mientras pasa a la altura del local de Max, “su” peluquero –con esposa, dos hijos y cuatro empleados en su salón–, se le ocurre una idea.

Entra en la cocina, coloca lo que ha comprado y luego, «dónde habré puesto aquella tarjeta de visita... mírala. “Max, soy Marta, voy siempre los martes a la hora de cerrar... bueno, iba”». Está un poco cohibida pero él la reconoce enseguida. Un par de preguntas sobre cómo va todo... la verdad es que nada bien. Y le cuenta su idea: «Había pensado en pagarte por adelantado el dinero que te deberé cuando vuelva a ir a verte». Un par de segundos de silencio. No se esperaba algo así en absoluto. «Déjame pensarlo», le dice, «tengo que ver cómo sería. Pero gracias de corazón».

A los diez días, recibe un mensaje en el móvil. Es Max. Manda publicidad de su salón y propone a los clientes comprar bonos (50, 100, 150 euros...) con los que podrán beneficiarse, de

manera escalonada, de tintes, cortes, peinados con un descuento del 20%. Marta sonríe. Es su idea. Acepta inmediatamente. Envía el dinero por transferencia bancaria y en poco tiempo recibe su bono.

En la enésima compra, Marta vuelve a pasar por la peluquería. Sigue cerrada, pero Max está dentro. Está preparando el local para la reapertura. Marta llama a la puerta, él se pone la mascarilla y sale. «Aquella llamada tuya llegó en un día oscuro. Estaba amargado y no veía ninguna salida». Luego se puso en contacto con la Asociación de comerciantes, les contó su propuesta y «¡no sabes cuántos clientes han aceptado! He podido hacer frente a los gastos de estos meses sin trabajo».

Se despiden, con el deseo de volver a verse pronto. Marta llega a casa. «Es lo mismo que decíamos la otra noche con mis amigos», piensa. «Cristo cambia la mirada sobre todas las cosas, te hace ser más tú mismo, más humano. Más Marta». No se le va de la cabeza la cara de Max de hace un rato. Una cara radiante. ■

EL DESPERTAR DE LO HUMANO

Reflexiones de un tiempo vertiginoso

de Julián Carrón

El vértigo que todos estamos experimentando con el Coronavirus nos lleva paradójicamente a redescubrir la esencia de lo humano.

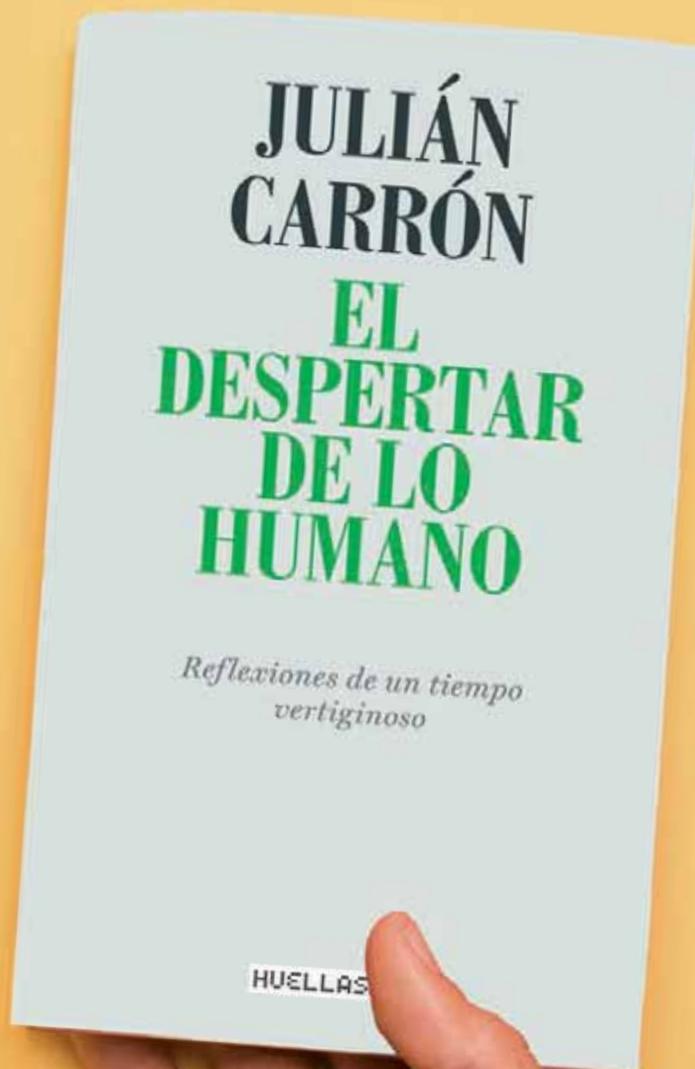
Más que cualquier discurso tranquilizador o receta moral, lo que necesitamos es toparnos con personas en las que podamos ver encarnada la experiencia de esta victoria ante la herida del sufrimiento, del dolor, en las que se testimonie la existencia de un significado.



edición impresa 4,90 €
a partir del 12 de junio
en tiendas online y librerías



eBook gratuito
espanol.clonline.org/publicaciones





EN
CUEN
TRO

CAMBIO DE ESTACIÓN

salimos y leemos

NOVEDAD



COLECCIÓN
ESCUCHA Y CAMINA
DE MAURO GIUSEPPE LEPORI

www.edicionesencuentro.com

